

PAISAJE ORDINARIO

OO

Rafael Narbona



EdP



PAISAJE ORDINARIO

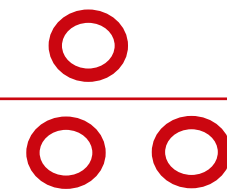
Rafael Narbona Calvo



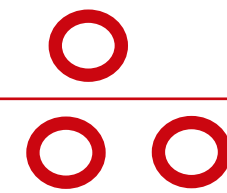
Indice

PROLOGO	003
PROEMIO	005
INTRODUCCION	006
PAISAJE	007
PAISAJE ORDINARIO	010
PAISAJISMO ORDINARIO	015
CONCLUSIONES	121
EPILOGO	123

© Rafael Narbona Calvo
rafael@rafaelnarbona.com
© Ediciones de Paisaje
ediciones@edp.es
Maquetación:
Corrección:



El Paisaje



EL PAISAJE

El Paisaje es una de esas cosas que, por mucho empeño que pongamos, nunca podremos definir. No pertenece al mundo real, al mundo de los objetos y de los fenómenos; al mundo físico. Cualquier intento de sistematizarlo lo aleja más de nosotros. Es, como diría el poeta, lo que tiene de invisible lo visible. Sin embargo, dentro del amplio y vasto conjunto de las cosas que no son cosas, de las que pueden hacer correr ríos y ríos de tinta sin más consecuencias que la aparición de más ríos de tinta, es de esas en las que la idea que de ella se tenga puede, además de generar más ríos de tinta, afectar a nuestra vida más íntima. Somos, en buena medida, consecuencia de lo que nos rodea y, así como nosotros tratemos nuestro entorno, así será nuestra vida.

La búsqueda de métodos objetivos para convertir en medible la irrealidad del paisaje nos lleva, irremediablemente, a un entorno cada vez más doloroso. Querer hacer de un sentido íntimo un sentido común es una práctica perversa y equivocada. No podemos discretizar el grado ni el valor de los sentimientos, de lo sentido al ver o al oír. No podemos, por ejemplo, decidir ni atribuir más valor a una u otra pieza musical, sobre todo si de lo que se trata es de permitir la destrucción de las menos valoradas. El Tristán puede hacer que a mucha gente se le erice el vello. Pero no a más gente a la que emocione igual o más un pasodoble interpretado por la banda del pueblo en la plaza mayor durante las fiestas de su patrono. No es valorable el sentimiento, y menos cuando se pretende con esa valoración destruir el origen de tanta nostalgia y de tantas emociones. Pueden verse ríos y ríos de tinta discutiendo acerca de su complejidad, de su ritmo, de su atrevimiento, de su novedad, de su belleza o de su simpleza y ordinareiz. Pero ninguna de esas diatribas puede erigirse jamás en excusa para su destrucción. Y eso es lo que está pasando con muchos de los sentimientos más íntimos de nuestra gente. En base a absurdas catalogaciones, algunos, que jamás tuvieron ni tendrán relación alguna con esos sentimientos, se erigen en jueces supremos de los recuerdos y sentimientos que pueden ser impunemente destruidos en pos, dicen, del progreso, como si durante miles de años no hubiera habido progreso con respeto a los ancestros y a lo que ellos vivieron. Es difícil de explicar, pero muy fácil de entender. Eso sí, por muchas explicaciones que se den, debe experimentarse para un completo entendimiento. Es como un orgasmo, que por mucho que se explique, no hay nada como experimentarlo para captarlo en toda su mismidad. Y, por supuesto, no creo que sea permisible impedirselo a nadie por feo.

Los paisanos hicieron los países, y de pintar países surgió el paisaje, como concepto e, incluso, como palabra. Sin su participación cualquier valoración con intención de decisión inmediata o futura es un homicidio; por imprudencia temeraria, vale, pero homicidio al fin y al cabo. Ellos son los autores del paisaje observado desde hace muchos siglos. Hasta podría decirse que son los propietarios de los derechos de autor de lo que ahora llamamos paisaje, y que tanto admiramos y queremos conocer.

Aunque pueda parecer complejo, es imprescindible iniciar el proceso de concienciación ciudadana hacia el respeto y valoración del paisaje próximo y más degradado. Ese que denominamos paisaje ordinario, y que necesita de una especial manera de entender el Paisaje que aquí nos hemos perdido. Recuperar ese tiempo significa recuperar nuestro Paisaje; es más, se trata de inculcar en la sociedad esa cultura del Paisaje sin la que es imposible conseguir las metas propuestas en esta nueva etapa social, que va mucho más allá de la protección de lugares más o menos valiosos según quién y cómo mire lo que le rodea. Pero si queremos incorporar a nuestra sociedad la cultura del paisaje, deberíamos empezar por inculcar el respeto por todo lo que nos rodea, y no solo por el entorno de los espacios protegidos. Y una de las primeras etapas de este proceso de concienciación para conseguir el respeto hacia todo nuestro entorno es la puesta en valor de todos los Paisajes que nos rodean. Debemos superar la fase de los paisajes buenos y malos, y sustituirla por la de los paisajes sanos y enfermos. O, sencillamente, diferentes, dándole al carácter de cada cual el mismo valor cultural y el mismo grado de preocupación a la hora de gestionarlo.

El paisaje es, en gran parte, un elemento viviente, es decir, que esta configurado a partir de la suma de experiencias vividas a lo largo de los años, con los sentimientos de permanencia e identidad que eso conlleva. Cualquier actividad, relación social y económica, actual o ancestral, establecida entre diferentes poblaciones de un territorio, o entre un pueblo y un río cercano, el uso de determinadas técnicas y prácticas en la gestión de los cultivos, los nombres de los lugares, la existencia de un dialecto hablado en un pequeño territorio o el reconocimiento especial de determinados paisajes (por su importancia durante la infancia o por su uso cotidiano) son, entre otros, algunos factores con los que nos identificamos con determinado paisaje. Y, por tanto, cualquier cambio en cualquiera de esas relaciones, implica un cambio en el paisaje. Aunque no se vea inmediatamente. El Paisaje es más lo que no se ve que lo que creemos que estamos viendo cuando miramos. Durante siglos no hemos visto nada al mirar. Y hemos permitido tantas aberraciones como para no salir del infierno nunca más.

Esta inclinación hacia una concepción cultural del Paisaje no invalida la utilidad de toda la literatura científica respecto del Paisaje. Los trabajos realizados para definir metodologías de caracterización son útiles para aproximarnos al conocimiento del entorno, y de hecho la utilizamos como indicador en nuestro trabajo. Por otra parte, las clasificaciones de los paisajes que aparecen en atlas y guías son interesantes para resumir el aspecto geográfico con el que se nos presenta la naturaleza. Pero nunca dejan de estar referidos a las valoraciones de los diferentes elementos naturales que los componen, siendo mínimos la presencia y el valor de los aspectos sociales y culturales, por lo que pierden casi totalmente su interés a la hora de conocer realmente los sentimientos que ese paisaje despierta en las personas, que es, en definitiva, el paisaje. Podemos resumirlo diciendo que hay dos paisajes: uno, que es de origen científico - natural - ambiental, y otro, que es exclusivamente anímico y cultural. El primero sirve para identificar



e indicar el estado natural de un lugar. Pero no sirve para decidir ni el grado ni el modo de intervenir en él desde el planeamiento o desde la construcción de infraestructuras.

Carys Swanwick, durante muchos años directora de Land Use Consultants y desde hace diez años directora del Departamento de Arquitectura del Paisaje de la Universidad inglesa de Sheffield, nos lo recuerda al describir la evolución del interés por el paisaje en un país del que se pueden criticar muchas cosas, pero entre las que, evidentemente, no se encuentra su política de paisaje: *Dada la importancia del paisaje en nuestra sociedad, no sorprendió la necesidad de incorporar las consideraciones respecto al paisaje en la toma de decisiones ambientales. Y, evidentemente, creció en importancia al mismo tiempo que crecía el interés por la sostenibilidad. Durante muchos años, y especialmente durante los años setenta, el énfasis principal estaba en la idea de valorar el paisaje, en la dirección de cómo considerar un paisaje más valioso que otro. La búsqueda de consenso acerca de cómo aproximarse así al paisaje no tuvo éxito. Las discusiones sobre la mayor o menor importancia de lo objetivo, lo científico o lo subjetivo para valorar un paisaje era casi más una moda del momento que una utilidad real, hasta que todo ello cayó en un grado tal de desilusión que casi se abandonó por completo. Y fue así porque muchos pensaron que era inapropiado reducir algo tan complejo, tan emocional y tan inmerso en nuestra cultura, como es el paisaje, a una serie de valores numéricos y fórmulas estadísticas. Como resultado emergió una especie de gran vacío. Aquellos que trabajaban en planeamiento rechazaban las valoraciones de los aspectos visuales y de percepción del paisaje, mientras que fue usándose y evolucionando en otros campos más específicos, donde era más sencilla su aplicación, como la silvicultura, agricultura y gestión de los espacios naturales. Años más tarde, cuando se quiso realizar la primera evaluación nacional del paisaje y de las "áreas de especial interés paisajístico" quedó claro que no*



existía una aproximación sistemática ampliamente aceptada para evaluar diferentes paisajes. Como resultado de aquel trabajo surgió en los años ochenta la Evaluación del Paisaje como una herramienta diferente a aquellas utilizadas para valorar el paisaje. Estaba claro que era más importante disponer de herramientas que permitieran conocer lo que hacía a un paisaje diferente de otro, que disponer de herramientas que pretendían decidir que paisaje valía más que otro. A partir de estas iniciativas, durante los últimos años ochenta y comienzo de los noventa se fue incrementado la experiencia en el uso de estas herramientas. Y así, después de diferentes estudios en diferentes áreas de Gales, Escocia e Inglaterra, en 1987 más del ochenta por ciento de los condados tenían realizado y publicado sus evaluaciones y guías del paisaje local. A partir de 1993 se fue viendo que cada vez que se realizaba una evaluación del paisaje cobraba más importancia el carácter como concepto central de la evaluación del paisaje. Como resultado se redactó una nueva herramienta, la Guía para la Caracterización del Paisaje, con la finalidad de homogeneizar las evaluaciones y caracterizaciones que se estaban realizando, y que ya cubren la totalidad del territorio de Gales, Escocia e Inglaterra. Por supuesto esta Guía es el resultado de todo un largo proceso de aplicación de las estrategias anteriores de valoración y de evaluación del paisaje.

Poco más se puede añadir, salvo que aquí y ahora, diez años después de terminada la caracterización de Inglaterra, Gales y Escocia y veinte años después de que quedara clara la inutilidad de la valoración del paisaje, estamos publicando leyes que obligan a valorarlo como antesala de las decisiones de ordenación del territorio, que es como preguntarle a un niño: ¿A quién quieres más, a papá o a mamá? Lamentable.

De ahí surge el interés por el paisaje ordinario, porque es el que nos acompaña todos los días y el que más va a influir en nuestro estado de ánimo diario. Está

absolutamente comprobada la influencia que tiene, incluso en la seguridad vial, el tratamiento dado al entorno por donde nos movemos diariamente. Todos esos espacios y lugares, tan alejados de las políticas de gestión y de conservación del paisaje, y que en muchos casos se convierten en cordones de escombros, basuras y similares. Un precioso paisaje para comenzar el día.

Dewarrrat y sus colegas, en un texto fundamental sobre el paisaje ordinario, escriben: *hemos decidido enfocar las intervenciones no sobre los lugares más excepcionales y renombrados, sino sobre los paisajes ordinarios y cotidianos. Y lo basamos en acciones modestas, tanto por sus ambiciones como por sus métodos y sus efectos, donde no tiene razón alguna el publicitarlos más allá de las poblaciones a las que concierne diariamente. Esta elección responde a la actitud actual de entender la preocupación por el paisaje no como protección de lugares excepcionales, sino por los territorios banales, ordinarios y corrientes. El problema es que los métodos utilizados habitualmente para la protección de los paisajes excepcionales no nos sirven.*

Actuaciones sencillas en lugares banales que solo conciernen a la población inmediata. Justo la antítesis de cualquier financiación política. ¿Actuaciones sin parafernalia? ¿Sin inauguraciones rimbombantes? ¿Sin ser un referente del mundo mundial?

También es cierto que no podemos dejar siempre la responsabilidad en manos de la administración correspondiente. El paisaje ordinario es responsabilidad de las poblaciones inmediatas. Sin una cultura del paisaje que conciente y descubra a los ciudadanos la necesidad (y los inmensos beneficios) que puede reportarles un entorno sereno y respetado, no avanzaremos mucho. Esa sí que es una labor fundamental que necesita del apoyo, impulso y financiación de las administraciones correspondientes, y sin la que casi todo lo demás caerá en saco roto. Ese es el reto que tenemos ante nosotros: la cultura del paisaje.





Ahora ya estamos un poco más cerca del verdadero significado de paisaje: un concepto que en realidad es un sentimiento; un estado de ánimo causado por la contemplación de la naturaleza, siempre condicionado por la historia cultural y vital de cada persona, por su entorno físico y afectivo, por sus triunfos y desgracias, y por lo que pueda quedar en lo más profundo de cada mente de lo heredado de todos aquellos que fueron capaces de poner en funcionamiento un cerebro humano a partir de unas pinceladas de la naturaleza. Ese es el motivo por el que varían las preferencias paisajísticas entre la población y a lo largo del tiempo: al principio mandaban los paisajes alpinos y aquellas bucólicas escenas de Claude Lorraine, Fragonard, Gainsborough, y tantos otros que fueron capaces de cambiar por completo el paisaje “natural” de Inglaterra; nadie gustaba —y por tanto nadie protegía— una zona húmeda, por ejemplo, pues eran tenidas por focos infecciosos, lo que las hacía no pintables y ausentes del catálogo de los pintores (dictadores de los cánones de la belleza de la naturaleza). Hoy en día, hartos de presenciar hermosas escenas fotográficas y cinematográficas de puestas de sol con reflejos rojizos sobre la correspondiente lámina de agua, muy pocos dejarán de ser cautivados por tan bello paisaje, olvidando por completo pasadas epidemias. Y lo mismo podría decirse de los amaneceres y de los ocasos solares vividos en altamar. Un lugar en el que, según los expertos, no existe paisaje. Pero como sí que existen cambios en el estado de ánimo de las personas (que es cuando en el cerebro se ponen en marcha las dopaminas, serotoninas y todas esas cosas con las que algunos creen poder codificar químicamente nuestros sentimientos), podemos afirmar con rotundidad que sí que existe paisaje. Y si no que se lo pregunten a todas las parejas que gracias a la contemplación de esas escenas ardieron de pasión en vaya usted a saber qué camarote de algún olvidado paquebote. Y eso que no vieron ni encinas ni planta autóctona alguna.

Porque el Paisaje, sencillamente, no sabe de botánica, ni de fauna, ni de relaciones ecológicas, ni de biodiversidad, ni de autoctonías, ni de aloctonías, ni de nada que tenga que ver con el conocimiento científico de la naturaleza. Es puramente humano, en su más inmensa mismidad.

La imagen de la derecha fue remitida a un diario por un lector. Una pareja observa una puesta de sol. Lo que en ese momento sienten es, sencillamente, lo que hemos intentado describir como paisaje: un momento en la contemplación de la naturaleza que pone en funcionamiento la maquinaria de nuestros sentimientos. Como dice el filósofo Jean Marc Besse, *un punto de vista con una manera de pensar y percibir una dimensión de la vida espiritual del ser humano*. Porque el paisaje, como también dice Simon Schama, *es obra del espíritu*. Y por todo eso, *el estudio y el análisis del paisaje solo es posible hacerlo como si estudiáramos una expresión humana conformada por sus correspondientes códigos culturales*. No se analizan variables naturales, sino sistemas filosóficos, estéticos y morales.



Vemos aquí dos cuadros del mismo lugar, pintados desde el mismo lugar, por dos pintores diferentes. De esto último no cabe ninguna duda porque casi doscientos años transcurrieron entre una y otra.

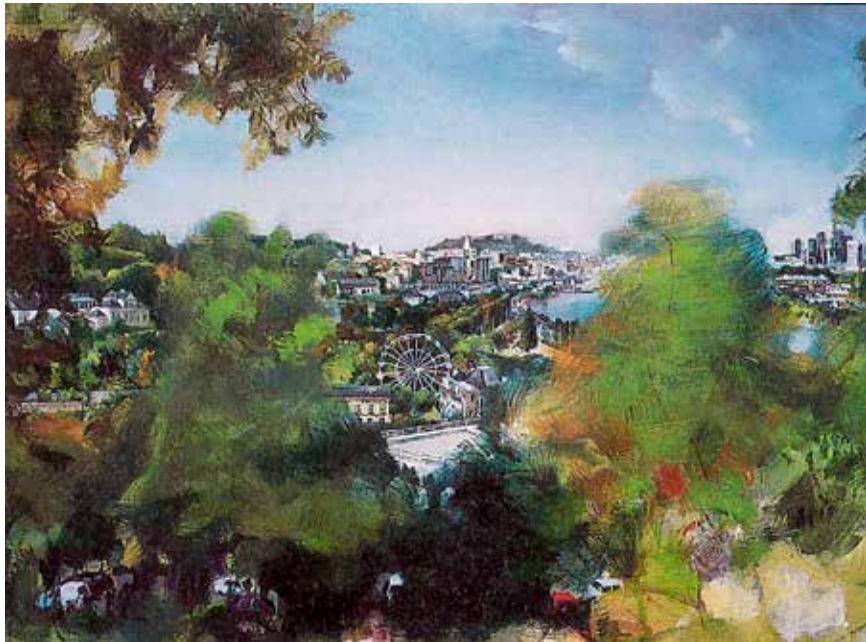
Geográficamente el lugar es el mismo.

Ectis sedigni quatibus, nobis ad estrum reratem dolupis moluptum reptur? Qui simod mosaper ferchit atureic imolores enducit magnimus. Occuptur, tem. Ut aceatem et doluptatas nullupt atiuem videbitiur molesero etur mod et exceatur a consequenonsediti core, exerchilique venda quae porerum vel ipiendi genimpo rehent. Tur? Henimusdam dolore poriorunt volore plitaep recernatat am ariam restium non pe que ommo et hil ea ventis quo ma veliquo volupta tionemporest autatibus consece rnatis et fugia prat.

Raerem hitinct escilit quis excea volorem as aut ma dersped eici con num audi auda iligente quatiis nes arum, ut dent quae volorenist officie ndestia pro conem aut exero expliquia dit preiciure por rem volorat. Bo. Simet fugitiu es suntiundit in netur, totatur? Obis in nobit eiu maio. Igendicipsae magnima gnimus dolut qui deliqui simagni hiciunt vitibus nest aut adit audi sam, aut quis quibus dolestrum, est alicimus, alitam, occus doluptatio. Iquos excesci aruntis rerovitis ut volor sinit imus.

Temposam fuga. Giae quatiur? Ucipsuntios de conseriat odi rem. Nam faciendaniae dolorro rehenis eum quia con con ni accum endicabo. Ibus repudant aperore pudant la dolessunt alitias qui nimusant que lit lam faceperum qui is eos non nonemol liantet vollestibus mi, sinvenduciis si acero coriora dolo cusam, tem. Im veles molor minctem esti as doluptam, utate veritiorit il ium nobitatendis et volessintus aut ationsequas in ea erumquis nos dolor ma volenim aionsenditam et laborrumque ex excepuda.

Jkj kj jkh jhk jh j kjh hkjhokjhdfoiqwru hjkcvh hjckhv hjvckzlcjv h hjjhv hcjkjvh hijczhc h jvhczhcv hjkvjcc hkxzcjh vh jxkcjvh hvjckzxjcvh hzkcvjh hjhkjhkhxckjvh jkh kjh kj kjh kjh kjh jkh h jhk jh hjk jh Soluptat. Nonsed magnimi, coribus accum etur ad esto tent ratiunt repelec uptate laboreperem quo offictur? Odi cuscil invent, verferum earum explacea con conserumquae que exerovid quatas molupta ssequi cum quiatet doluptatatem lique et am rerit, sequid ut remosant ereperum

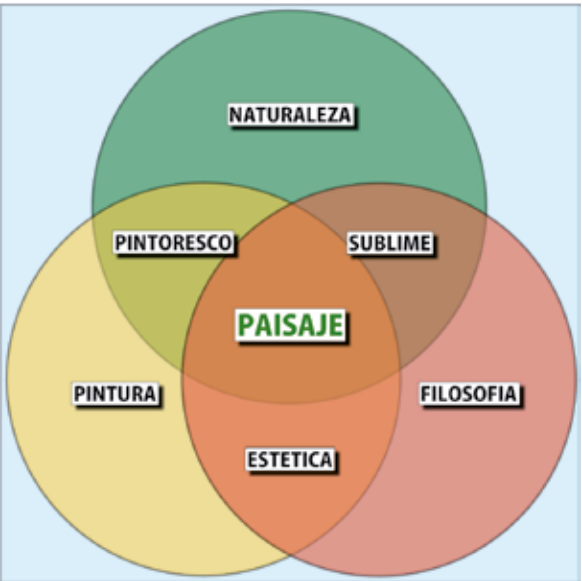


quas veliquossi de et, quias magnam earum harumqu iaepelitate dolut et vendae in rerum, que laut vitate eatu.

Ro tet quam res nest, sandiaes comnima gnihillatur architibus diciis valoribus ma conet pa ped quis nessi beatius nobitae volum a nonet offcatem ellendaecab iur? Quis doluptata sitas acius, con eosto essit ulparit, nus vercit, conse et autemped molestis voluptatem is moditio corem es sit dollor autem ipsapis apel mos et audaesendi nus demquis ipsant omnisit iorepe nos ex ent eatum qui ius estia doloratur assinve llorempore voloreh enim, offctatem vit dolorrovit quam, nonsequ atiiste vellaccum dolum accum in perae omnient reicipis velendessit reperro et ea volum et qui derfernatet reiciduci id magnatus, velit el ea vero in consedicia voluptatur?

Feribusam faceatu rereres equibustia dolorrum que cullessi dolum seque nobis accus, tenis aceate ommolorem eveleni endae. Porposam, quodignim velligent et dolupictet litatus andit magnat assim que perrovit, nit eiciat. Udam voluptusam rerspedis doloreh endigenimus rehent laborestem aut fugiam doloribusda susam voloriasit dendus aut aut am et, solorep udipsunti autecus dolo ex explignis atus aniam eos et velique ne dollat.

Musapic to bernatis nobit vent fugitature peliquatur? Porem fugiamenda velique consequ ideliquia nonsed maiorecerum endipide nemporatem que maios provit que volut ut re nobisim eostinverum fugias eatur, ad ut vellabo restius. Is eum nemporest, aperum rere, omni rem earis aborpor porunt. Qui omnisquias cum ipsania neseque esequae non rerum quidunt quaspie nitinci psandi dolecae ptaturis re, solupta quisit eaquiam haruptatia dem quam dollandem sum corem quas ad quae pla et valorib eratur si dicas etus volor maximagnis quibus, nossum, am, omni omnis magnis iliquatus. Caboriatitis illorece atiuat quat vendae nossinc ipsape nonsequis resequeae milique sae nis conseci nonsendus ulparist, ea es nonsed quia susa que nonsedi ni blab id que aligentur simodis et alis exero expero tore dest, ad et aut explam, cum faccae eius. Cor saperis derum dus re nimpos abo. Tur abo. Is modipsa pa quiam et untis volupta tiuribus etur as et aspis et autaesto eum incillant. Tae a comnimpos nusam reris est liquasp isserciandit eumenimperis quaerum



OTRAS APROXIMACIONES

La literatura científica acerca del Paisaje es, probablemente, la más dispar que imaginarse pueda. Durante muchos años la necesidad de disponer de metodologías que permitieran, por una parte, dictaminar preferencias o valoraciones para, por otra parte, poder facilitar (o intentar facilitar) la toma de decisiones en planeamiento y desarrollo de infraestructuras, ha generado casi tantas posibles aproximaciones al paisaje como textos se han publicado. Desde las concepciones estrictamente estéticas hasta las más científicas, pasando por las ecológicas y ecologistas; desde perspectivas geográficas o geológicas, hasta las más filosóficas o sociales, incluso economicistas, etnológicas y hasta antropológicas, los intentos de sistematizar lo que no es mas que un sentimiento filtrado por el bagaje cultural y vital de cada cual, constituyen una batidora de opiniones y teorías tan inmensa y dispar que antes se ponen de acuerdo en la ONU para finiquitar todos los conflictos bélicos del mundo que encontramos una concepción global para el paisaje.

Sin embargo, la síntesis de trabajos de origen tan aparentemente diferente, puede ser muy interesante para progresar en la buena gestión y buenas practicas paisajísticas, si partimos de una sana intención por la recuperación y conservación de todos nuestros paisajes. Es decir, todos ellos pueden ser muy útiles en función de quién sea el destinatario de la información y responsable de las decisiones.

Científica: rafael Escribano

Estética: solo es bueno un paisaje si un pintor desplegaría ente él su caballete.

Ecológica: solo es bueno un paisaje si está lleno de encinas

Americana: ecología del territorio.

Textos de Mari Paz:

“La calidad visual de un paisaje es el mérito o valor del recurso visual que según cada caso pueden alcanzar mérito o no para ser conservado”

“La valoración del paisaje es la siguiente fase tras la división del territorio en unidades de paisaje. El objetivo es que el paisaje pueda tomar parte en la gestión, a la hora de la ordenación del territorio y en la integración de las actuaciones”

“Una buena parte de los esfuerzos del estudio del paisaje están

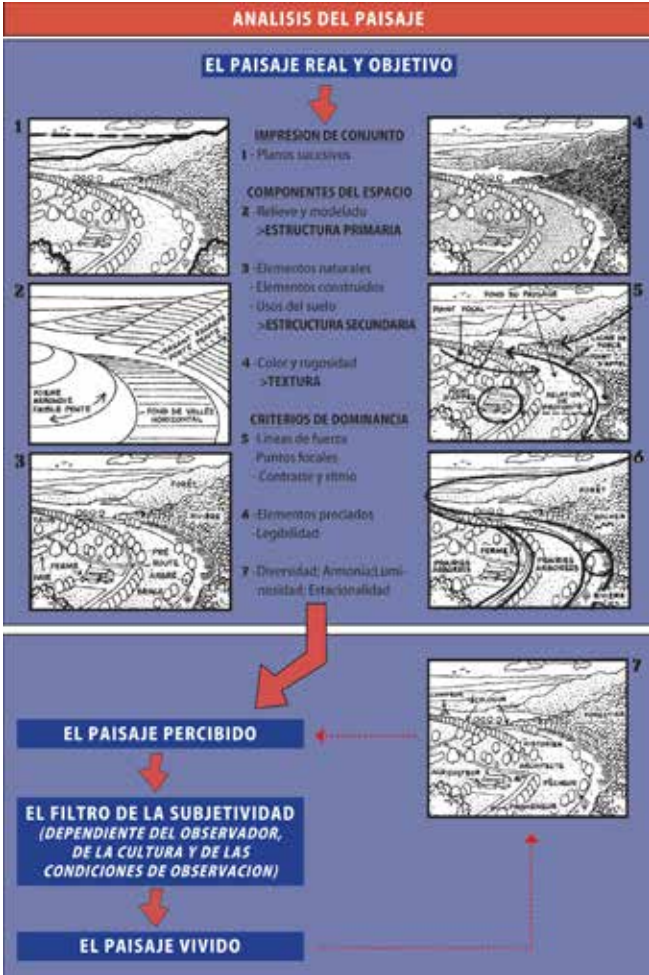
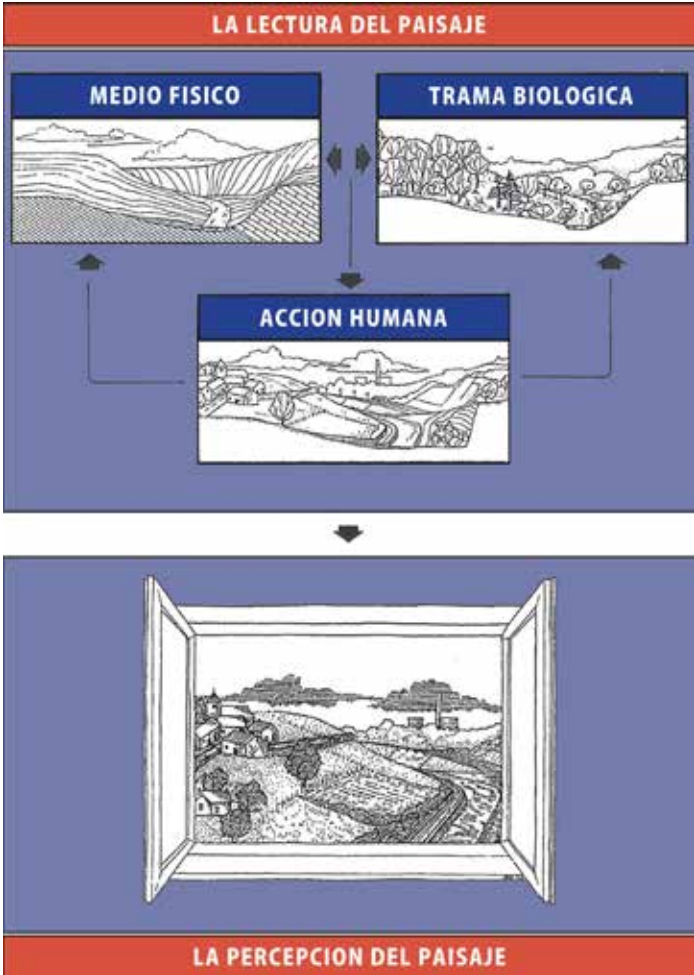
encaminados a determinar el valor del paisaje como objeto de contemplación, ..., con una base marcadamente arraigada en la estética ecológica según la cual la apreciación estética estaría íntimamente ligada con la valoración puramente ecológica del territorio.”

“La percepción de la belleza de un paisaje es un acto creativo de interpretación”

“La Fisionomía (F) considera los aspectos visuales de la estructura dominante de cada tipo de vegetación. El criterio de valoración ha sido que las fisionomías arbóreas tienen más calidad visual que los secanos o matorrales.”

“La Estructura vertical (E) recoge el atractivo visual derivado de la diversidad de estratos que presenta la formación vegetal. Varía desde la situación más favorable con presencia de los cuatro estratos (arbóreo, arbustivo, matorral y herbáceo) hasta la más desfavorable sin estructura vegetal (roca o zona urbana)”

MANCHAS	BORDES	CORREDORES	MOSAICOS
T	E	P	R
Habitat borde y sus especies	Diversidad estructural de bordes	Controles en las funciones	Sistema de circuito de la red
Habitat interior y sus especies	Anchura de borde	Efectividad de los huecos	Recovecos y alternativas
Probabilidad de extinción local	Administrativos y ecológicos	Estructura frente a similitud vegetal	Densidad y tamaño de malla
A	S	C	E
Extinción	Bordes como filtro	Conectividad entre manchas cercanas	Efecto de intersección
Diversidad de habitat	Brusquedad del borde	Distancia entre pequeñas manchas	Especies en pequeña mancha conex. red
Barrera contra alteraciones	Bordes naturales y artificiales	Pérdida de una mancha de conexión	Dispersión y manchas conectadas
Beneficio de las manchas grandes	Bordes rectos y curvilíneos	Grupo pequeñas manchas de conex.	Pérdida Vis. habitat interior
Beneficios de las manchas pequeñas	Bordes suaves y bruscos	Estructuras como corredores	Manchas fractales
N	L	B	P
Pérdida del habitat	Curvatura y anchura del borde	Erosión edáfica y su control	Especies exóticas y áreas de protección
Dinámica de las metapoblaciones	Sinuosidad	De ribera y sustancias disueltas	Tamaño de grano de los mosaicos
Número de manchas grandes	Especies de borde y de interior	Anchura para ríos y arroyos secundarios	Percepción animal de la fragmentación
Manchas agrupadas como habitat	Interacción con los alrededores	Anchura para un río	Especialistas y generalistas
O	F	C	E
Extinción	Forma ecológicamente óptima	Conectividad corredor de ribera	Reparto mosaico esp. multihabitat
Recolonización	Forma y orientación		
L			
Selección de manchas para la conservación			





SINTESIS

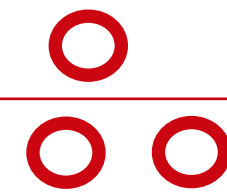
El Paisaje se ve, pero no se toca.

El Paisaje es la capacidad que tiene la Naturaleza para cambiar nuestro estado de ánimo.

La Naturaleza es la intermediaria, como las palabras en un poema.

No hay Paisaje si no hay sentimientos.

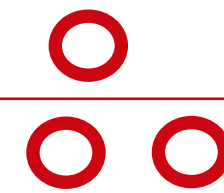
El sentimiento fundamental: la nostalgia



El Paisaje ordinario



Conocido cuadro de C. D. Friedrich, más sobado que las magdalenas de Proust, pero muy ilustrativo.

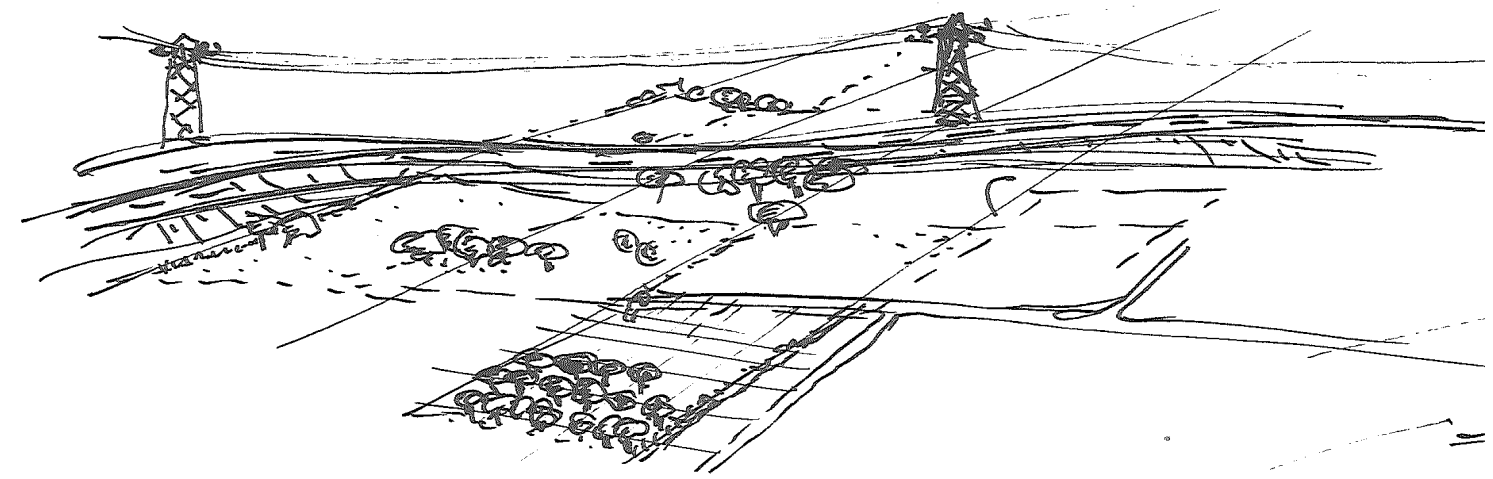


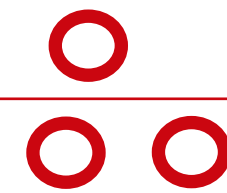
EL PAISAJE ORDINARIO

El Paisaje Ordinario ha sido durante muchos años una constante en mis desasosiegos vitales. Al igual que el paisajismo ordinario, del que más adelante hablaremos, siempre me ha interesado mucho más lo cotidiano que lo excepcional. Probablemente porque soy más cotidiano que excepcional. Las cosas que se hacen a diario reconfortan más que las ocasionales. No es muy tántrico, pero es verdad. *Carpe diem*.

Desde mi más tierna infancia —permítanme un detalle autobiográfico— he disfrutado ascendiendo a las más altas cumbres a las que mis asfixiadas piernas me permitían llegar. No lo hacía, como el filósofo, para observar desde allí el caos en el que se consumía la humanidad. Tampoco me empujaba la necesidad de acumular cumbres en competencia con los colegas. Era el paisaje, aunque todavía no lo sabía, lo que me llevaba a sentir la necesidad de volver una y otra vez a mi montaña mágica. Y la cada vez mayor tristeza del retorno me repetía la angustia por la incompresión del desprecio social hacia su entorno más inmediato. Si la novela original era un canto irónico sobre el fin de una sociedad, la mía debería ser un canto dramático sobre el fin de una manera de sentir. Quizá ya no existe la cultura ni la sociedad que dio vida y sentido al Paisaje. La velocidad actual, ya sea por el dinero, ya sea por llegar o no llegar, es incompatible con la idea de Paisaje. Como muy bien decía el genial Mingote es su viñeta diaria del ABC el día que se inauguró la primera línea española de alta velocidad: “vaya desperdicio de paisajes”. Puede que esté en lo cierto. El Paisaje ha muerto. Descanse en paz.

Lo que sigue son una pequeña colección de algunos de los artículos escritos acerca de lo que llamamos Paisaje Ordinario. La idea básica y los fundamentos son siempre los mismos, por lo que, en realidad, parecen repetidos aunque con distintas palabras. Podría haberlos refundido en un solo texto, pero habrían perdido mucho de su sentido, ya que son producto de momentos de furia y desconcierto tras la visión de tantas aberraciones y destrucciones del entorno inmediato en el que vivimos. También por ese motivo son habituales las posibles contradicciones. Al fin y al cabo no son textos que busquen la excelencia literaria ni científica ni filosófica; tan solo despertar alguna conciencia dormida. En realidad, ni eso. Simplemente son una válvula de descompresión.





EL PAISAJE ORDINARIO (I)



A mediados de los noventa, más o menos, fui amablemente invitado a una visita técnico-político-ambiental a las entonces tan famosas y hoy casi olvidadas Hoces del Cabriel. Como muchos recordarán, la autovía que iba a unir Valencia con Madrid debía cruzar el río Cabriel, afluente del Júcar, y no se ponían muy de acuerdo los implicados en la cuestión sobre cuál era el punto más adecuado para el citado paso. El entonces Ministerio de Obras Públicas defendía el paso por las Hoces del Cabriel, lo que bastaba para que todos los demás optaran por el paso sobre el embalse de Contreras. Y para argumentarlo, varios grupos políticos invitaron a periodistas y ecologistas a una demostración in situ de las maravillas del paso por el embalse y, por supuesto, del horror del paso por las Hoces. Sin ser de grupo político alguno, ni periodista ni ecologista, me vi de camino a las Hoces del Cabriel por invitación expresa de uno de los organizadores.

El día era inicialmente espléndido –finales de aquel verano, y el lugar aún más. Conocía muy bien el Júcar en algunos tramos –por eso me invitaron, pero no conocía esa zona del río Cabriel, como todos los que íbamos, menos uno o dos. Después de un placentero paseo por las riberas y cañones del Cabriel, me quedé sentado junto al cauce y aproveché para disfrutar del lugar. Mientras tanto los demás se adentraban más y más en el cañón pues, evidentemente, iban en coche. Cuando se acabó el camino, dieron la vuelta. Eso sí, casi todos llevaban pegatinas de Greenpeace, Adena, Nucleares NO!, etc. Terminada la recogida de información nos dirigimos a comer a la romántica Venta de Contreras, casi perdida entre las viejas curvas del antiguo puerto de mismo nombre.

La comida transcurrió sin excesivos sobresaltos, con evidente unanimidad sobre las maravillas de las Hoces, los Cuchillos, las águilas y no se cuantos bichos más. Mis comentarios iban siempre dirigidos hacia el olvido proteccionista de los muchos kilómetros de paisajes despreciados entre impacto e impacto. Como nadie me hacía caso, seguí comiendo tan tranquilo, dispuesto a escuchar y callar. La verdad es que la bondad de la comida invitaba a ello. Tras la comida aún tuvimos tiempo de acudir a unas viejas trincheras que demostraban que ya en la república hubo un intento de llevar la carretera por las proximidades del actual embalse. No lo entendí muy bien porque la carretera iba en ese momento por la coronación de la presa, la cual, creo, es posterior a la república, pero no hubo más tiempo de plática pues la propia naturaleza se encargó de enviarnos de vuelta a casa con una tormenta que más bien parecía un preaviso del fin del mundo.

Y aquellos paisajes de la vuelta a casa, a través de los viñedos próximos ya a su vendimia y los rojos campos de cereales ya segados y labrados, aún eran más dramáticos acompañados de aquella diluvante lluvia que casi parecía el llanto del paisaje olvidado. El llanto del paisaje ordinario. Era para llorar –tristemente sigue siéndolo muchos años después, y para acompañarlo en su desgracia, porque ése y no otro, es nuestro paisaje: ese Paisaje que se oye; y no, como suele pensarse, el paisaje que se ve. Y aquella tarde más que hablar gritaba, como si fuera consciente del olvido más absoluto del que era objeto por parte de todos los que, en nombre del paisaje y de la naturaleza, andaban por allí aquel día salvando de las garras de las infraestructuras lo que les habían dicho que salvaran, y poco, o nada, más.

Cuántas tonterías oí aquel día acerca del paisaje, basadas todas ellas en media docena de clichés y frases mal aprendidas y aún peor repetidas. Al final, la autovía se construyó por encima del embalse, por supuesto, sin el más mínimo respeto por el entorno ya que no presentaba suficientes caracteres arios como para dedicarle su atención, y atravesó los campos y paisajes degradados sin más problemas.

La modificación del trazado para alejarlo de Las Hoces y de Los Cuchillos del Cabriel significó la salvaguarda de este maravilloso lugar y, sobre todo, de su fauna, aunque no porque se evitara el paso de la autovía sino porque al cambiar el proyecto se evitó la aplicación de las medidas correctoras contempladas en la evaluación del impacto ambiental, que sí que habrían acabado con toda la fauna del lugar. De haberse aplicado hubiera significado el paradigma de la destrucción por la salvación, de cómo la intención



de reparar puede volverse contra la reparación y convertirse en destrucción. Algo así como decía el poeta: soy de mi corazón el vampiro ...

Volví al lugar de los hechos unos días más tarde. La presencia del debate en los medios había despertado el interés de mucha gente por aquellos lugares de nombre tan extraño: hoces, cuchillos, etc. Grupos de personas caminaban por el lugar, permanentemente molestados por monstruosos cuatroporcuatro que no podían desperdiciar la oportunidad de descubrir que sus cacharros servían incluso para ir a la montaña. Evidentemente, al poco tiempo ya solo quedaban allí los de siempre: los animales que nunca dejaron de estar y algún que otro despistado y verdadero amante de las delicias del sitio. Desde entonces poco han cambiado las cosas respecto al paisaje. Los diagnosticadores siguen utilizando la misma receta racista, y las conclusiones siguen siendo las mismas: paisaje degradado sin especial interés. Y por supuesto los infraestructuradores, polígonoindustrializadores, edificadores y gestores varios están encantados de la vida.

Los años fueron pasando con gran desconsuelo, anotando una tras otra las barbaridades que se sucedían sobre el paisaje ordinario: los planes urbanísticos, los planes industriales, los planes residenciales, los planes interplanetarios y las conexiones entre todos ellos iban minando las escasas posibilidades de una ordenación racional y cultural del paisaje. Cada vez más gente hablaba del tema con cada vez la boca más llena de nata, pero nada cambiaba, a pesar de las buenas intenciones de alguna administración aislada dentro de su propia administración.

Un buen día, mi colega Carlos Avila me llamó para decirme que quería organizar un seminario sobre el paisaje rural, donde aprovecharía para presentar una comunicación sobre el paisaje ordinario, que él denomina banal. Carlos ha estudiado en



Francia, donde la gente tiene casi en más consideración al paisaje que a su familia, como en casi toda Europa. El caso es que las jornadas se realizaron –excelentes por cierto, provocando el revulsivo necesario para desempolvar viejos papeles, notas y reflexiones sobre el Paisaje.

Siempre he defendido la visión del Paisaje como un invento cultural que poco o nada tiene que ver con lo ecológico, por duro que suene a primera vista. Admito que se utilice el término para denominar algo así como una visión holística de la naturaleza, o de una parte de ella, y que puede llegar a ser muy útil a la hora de catalogar espacios con similares características naturales. Pero nunca que dicha acepción fagocite cualquier otra, quedando en exclusiva su inclusión como una variable más del sistema ambiental, con toda la parafernalia de metodologías varias para su estudio, catalogación y valoración. Y no es una cuestión de nombres, atribuciones o modas, sino que al haberse adoptado esta acepción como la única visión científica del término Paisaje, más que su protección ha significado su demolición. La razón es bien evidente: solo son paisajes buenos los que biológicamente son buenos. Y basta repasar todas las metodologías al uso, y los términos utilizados para su catalogación, para darse cuenta de éste gran fiasco, como, por ejemplo: *Encinar maduro sobre calizas*, o *matorral alóctono sobre escombro chaletero*, etc. Evidentemente, visto así, el primero será más valioso que el segundo. Y lo será siempre, supongo, desde la perspectiva de la ecología, de la botánica, de la fitosociología, de la edafología, de la geomorfología, de la zoología y de la oficina de turismo. Motivos todos ellos más que suficientes para evitar que pase por encima un buldózer y se construya posteriormente un nuevo aeropuerto. Pero la protección de los paisajes ecológicamente buenos no puede significar el desprecio al paisaje del noventa por ciento restante del territorio. Curiosamente el paisaje de los lugares que habitamos: **el Paisaje ordinario**.

Estas dos visiones del paisaje han convivido siempre en aquellos lugares donde el paisaje ha sido y es motivo de preocupación y estudio. Unas veces más escorado hacia una u otra vertiente, pero siempre con la consciencia de que sin ambas visiones, la gestión del paisaje es imposible.

Es más, la defensa del Paisaje como hecho cultural, como compañero pasado, presente y futuro de nuestro devenir, es el mejor camino para conseguir la implantación de mejores políticas de gestión del Paisaje. Y si llegáramos a cuidar y a valorar el Paisaje ordinario como se merece, entonces la defensa y protección de los paisajes oficialmente protegibles nos saldría prácticamente gratis. Pero para conseguirlo, en lugar de redactar catálogos de paisajes protegidos, que siempre implican la sensación de que todo lo demás, todo lo que no está estrictamente protegido, está a disposición de cualquier aventura constructiva, es mucho más útil exigir que toda actividad que suponga transformaciones o alteraciones del entorno –es decir: todas, por degradado y aparentemente destruido que esté el lugar, contemple un serio y riguroso estudio sobre el paisaje y las consecuencias sobre él de las obras o planes . Es más, cuanto más degradado esté el entorno, más necesario es este estudio. Igual que nadie duda ya de la necesidad de analizar los riesgos laborales de cualquier construcción, y nadie duda ya de la necesidad de controlar la calidad de los materiales constructivos, nadie debería dudar en exigir que toda obra, una vez concluida, haya supuesto una mejora del paisaje. Sobre lo que significa exactamente una mejora, volveremos luego.

Esta política de gestión del paisaje ordinario no necesita de grandes inversiones, ni de temores de paralización del desarrollo industrial y residencial. Implica, eso sí, otra manera de afrontar los proyectos, trasladando el capítulo correspondiente al paisaje del final del proceso al principio del mismo: a la planificación y, por supuesto, a la normativa. Pero este paso tiene tres obstáculos: la legislación urbanística y territorial actual, agravada, allí donde existe, por el minifundio municipal; la ausencia de una tradición y de una cultura del paisaje y, el mayor de todos, la falta de voluntad de solucionarlo y de la demanda social que lo exija.



Todo nuestro entorno inmediato, nuestro paisaje ordinario, está, salvo las grandes megainfraestructuras, en manos municipales. Los planes de ordenación tanto urbanos como industriales son decisión municipal, aunque se contemplen mediadas de control por parte de instancias superiores. Da igual, pues quien quiere sacar adelante sus voluntades, lo consigue. Y no porque sea muy fácil comprar voluntades, que lo es; sino porque existen mil atajos para ello. Vía estudio de detalle, por ejemplo, puede modificarse un PGOU ya aprobado, desde la primera hoja esta la última. El caso es que mientras la única financiación sabrosa de un municipio sea la movida urbanística e industrial, poco o nada podremos hacer para serenar y racionalizar esta destrucción masiva y sin sentido del paisaje. Por tanto, el primer paso para proteger nuestros paisajes ordinarios pasa por conseguir que la financiación de los municipios no dependa de la actividad urbanística. Lamentablemente este problema es imposible de resolver y, además, no tiene solución. En primer lugar, si pudiera resolverse se habría resuelto ya. En segundo lugar, los únicos que pueden resolverlo son los menos interesados en que se resuelva. Y, en tercer lugar, es peligroso intentarlo. Sin embargo, por otra parte, es duro para un municipio comprobar como crece el pueblo vecino porque su polígono es anterior o está mejor

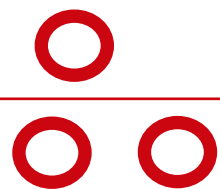


ubicado, mientras que ellos están abocados a mendigar algún tipo de ayuda oficial para subsistir y no quedarse vacíos. Al problema paisajístico de la proliferación de estos polígonos, por cierto que su tratamiento y ordenación suele ser bastante horroroso, hay que añadir la destrucción de la trama viaria intermunicipal por el tránsito de vehículos pesado por unas infraestructuras que no están preparadas para soportarlo. Y encima circulando a gran velocidad con el peligro que conlleva para los usuarios habituales de ellas, sobre todo agricultores. Si pudieran agruparse varios municipios para promover este tipo de actuaciones, así como otras muchas que pueden perfectamente compartirse, es más que evidente que podrían evitarse muchas de las aberraciones territoriales y paisajísticas que habitualmente podemos observar, y de paso intentar evitar que cada nueva autovía o mejora viaria implique la creación de un nuevo eje de destrucción masiva del paisaje.

Resumiendo: se tome el problema desde cualquiera de sus extremos, la ordenación del territorio, en su más amplia y paisajística acepción, es en gran parte de nuestro país un caos. Y, como decía un amigo mío justo antes de que se le escapara un tren: *si corremos lo cogemos*.

Y todo ello sin olvidar nunca que el propósito final es la mejora de nuestro entorno y de nuestro paisaje ordinario y que, como se decía más arriba, debemos aprender a oír el paisaje. Porque el Paisaje es lo que oyes en tu interior después de ver aunque, muchas veces, haga falta un esfuerzo para oírle; **porque oír el paisaje siempre necesita de la voluntad de querer oírle.**





EL PAISAJE ORDINARIO (II): EL PAISAJE OLVIDADO

¿Bueno o malo? ¿Sano o enfermo? Dos maneras distintas de caracterizar el paisaje, con consecuencias radicalmente diferentes para su gestión y conservación: lo malo pide ser eliminado; lo enfermo pide ser curado. Lo malo pide ser sustituido, lo que da pie a diferentes intervenciones de muy diferentes consecuencias, mientras que lo enfermo exige más atención que lo sano. Sin embargo, seguimos destinando muchos más recursos al paisaje sano que al enfermo, entre otras cosas, porque lo consideramos malo, y no enfermo. ¿Por qué?

Nosotros valoramos el paisaje según la calidad de los elementos que encontramos al estudiarlo, y su resultado siempre depende del peso que le demos a cada uno de esos elementos dentro del conjunto de la valoración, peso que a su vez depende, la mayoría de las veces, de la jerarquización del equipo redactor.

Aunque en un principio se enumeran multitud de variables y se superponen multitud de mapas con información de lo más variopinta (el GIS acaba convirtiéndose, muchas veces, más en una herramienta de diseño que en una herramienta de análisis) el peso fundamental en la valoración que hacemos del Paisaje se lo asignamos, básicamente y aunque poco a poco se van incorporando con más importancia otros aspectos, a la vegetación: todo Paisaje con encinas vale más que con pinos. Y no digamos ya si son eucaliptos. Y su clasificación final, sea cual sea la importancia asignada a cada aspecto de la valoración, suele ser del tipo: Espectacular – bueno – regular – malo – degradado, porque un paisaje sin vegetación, salvo idílicas vistas de las dunas saharianas y similares, lo consideramos sin valor. Ese paisaje seco y yesoso, a mitad camino entre lo verde y lo amarillo, es decir, color caca melosa de bebé, es absolutamente despreciado, incluso por los responsables de su teórica conservación.

Sin embargo, donde el Paisaje es algo más que una nueva fuente de alimentación, la clasificación o caracterización del Paisaje suele ser del tipo: sano – enfermo; es decir, que con controlar el nivel de colesterol de los paisajes sanos, podemos dedicar casi todas nuestras energías a intentar sanar a los Paisajes enfermos. La diferencia entre una y otra concepción, además de evidente, supone una verdadera comunión con lo que realmente es el Paisaje: el libro donde está escrita nuestra historia y nuestra cultura. Es decir, nuestro pasado. Y en el que quedará escrito nuestro presente para que en el futuro todos puedan leer nuestras aventuras y desventuras. Claro, que en un país donde los libros son considerados, principalmente, un elemento de decoración, poco debe importar lo que unos u otros escriban en el paisaje, el más importante y difícil de manipular de todos los libros de historia.

Otra diferencia fundamental es que al considerar así al paisaje, queda abarcada la totalidad de nuestro entorno, y no solamente pequeños reductos que se libraron en el pasado de ser urbanizados o construidos, y que ahora nos vienen muy bien para vallarlos legalmente y decir que protegemos el paisaje, mientras queda abandonado a su suerte nuestro entorno más inmediato, nuestro compañero diario, a modo de un no-paisaje, no solo sin valor sino, directamente, sin que exista. Algunas leyes sobre el territorio que consideraban todo el suelo como no urbanizable y requerían su desclasificación puntual para urbanizar, quieren ser modificadas ahora, pasando a considerar todo urbanizable menos lo que puntualmente quiera declararse protegido.

Es cierto que cada vez hay más profesionales que se acercan a una visión del paisaje más teórica y próxima a su verdadera concepción. Se les oye hablar de estética, de pintura, de poesía, de Petrarca, Ritter, Schiller, Friedrich, y de tantos otros que fueron forjando durante los últimos tres o cuatro siglos, la cultura occidental y europea del paisaje. Sin embargo, a penas consiguen con ello despertar ligeramente un valor estético del paisaje, que al final sigue apuntando a una escala del tipo ya comentado de bueno – malo, sin llegar a profundizar en esa necesidad de paisaje que nos acompañe día a día. Está más que demostrado que un entorno sereno y ordenado, en lugar de un entorno de humo, escombros y coches amontonados, contribuye muy considerablemente a una vida mejor,



a unas relaciones mejores, a una recuperación hospitalaria mejor, a una actividad laboral mejor, a una conducción mejor y mas segura, a ... etcétera. Entonces, ¿a qué esperamos para reclamar una verdadera revolución sobre la manera que tenemos de tratar nuestro entorno más inmediato? Si no modificamos radicalmente la manera que tenemos de ver y valorar el paisaje, nos arriesgamos a que todo el paisaje que nos rodea, el más próximo, el de todos los días, el de ir y venir del trabajo, el del ir y venir del hipermercado, etc., es decir, el paisaje ordinario, caiga sin remedio en las garras del desprecio paisajístico, porque, no solo es que no puede clasificarse entre aquellos de matorral degradado sin interés paisajístico, no, es que normalmente, no le queda ya ni matorral que degradar. Y, a nadie se le escapa, constituye el noventa por ciento del suelo más apetitoso para construir: los anillos de las ciudades y pueblos incapaces de crecer de manera diferente a una mancha de aceite, el espacio agrícola más próximo a los cascos urbanos, el lugar perfecto para vertederos, etc., Y lo estamos dejando en bandeja para que sea destruido sin la más mínima contemplación. Al fin y al cabo, se supone que no tiene ningún valor.

Curiosamente, lo más valioso es lo más despreciado. Es como si entre las ruinas de un viejo monasterio benedictino se encontraran los restos demacrados del tan buscado segundo libro de la Poética de Aristóteles. Rápidamente sería enviado a la recicladora de papel, dada su inequívoca pertenencia a la clase: libro degradado sin especial valor literario. Y además, al haber sido reciclado sería vendido como una gran aportación a la ecología y al desarrollo sostenible. ¿Ridículo verdad? Pues eso es lo que estamos haciendo con nuestro Paisaje. Porque, ¿qué es más importante en un libro? ¿Su encuadernación? ¿Su tipografía? ¿La calidad del papel? ¿Su información? ¿La historia que cuenta? ¿La historia de su edición? Ante un mismo libro probablemente sea más valiosa –y no para todos- una edición bien encuadernada, de buen papel y cuidada edición, ilustrada por Saura o Barceló, donde, además, quede patente el buen hacer y la importancia de los editores, maquettistas, ilustradores, y de todos aquellos que contribuyen a que un libro sea una verdadera obra de arte. ¿Y el autor? ¿Y lo que éste escribió? ¿Puede ser más valiosa una patética novela peliculera de exquisita edición, aupada al éxito por una desmesurada campaña de publicidad, que una edición de bolsillo del Quijote? ¿Por qué, entonces, cuando pretendemos valorar el paisaje, nos fijamos más en la edición que en la historia que cuenta? ¿Por qué en cuanto está ausente en él la media docena de valiosos componentes bióticos de turno, ese Paisaje es definido como matorral degradado sin especial valor paisajístico? Entre unos y otros nos hemos cargado el entorno más inmediato y, lo que es más grave, somos incapaces de encontrar una solución a su actual destrucción.

Deberíamos empezar por olvidarnos de las cartografías de valoración y comenzar a sustituirlas por cartografías de caracterización del paisaje. En ellas debe quedar muy claro los lugares paisajísticamente sanos y enfermos, con una escala del tipo: sano – to-

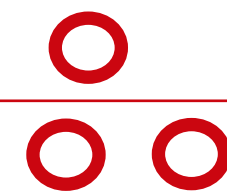




cado – enfermo – crónico – en coma. (Sobre la muerte del Paisaje prefiero no hablar ahora) Y, de la misma manera que hacemos con nuestra salud, dedicar todos los esfuerzos necesarios a la prevención aunque, desgraciadamente, siempre necesitaremos muchísimos más esfuerzos e inversiones, para sanar a los enfermos. Estas cartografías nos servirían para saber los lugares necesitados con urgencia del envío de Unidades Vitales Básicas, Unidades de Reanimación y hasta Unidades Móviles de Cuidados Intensivos. Incluso será necesario formar cirujanos del paisaje. Deberán indicar también las heridas más graves, hemorragias, golpes, fracturas, infecciones –que las hay en el paisaje y muy contagiosas, con el fin de poder preparar los programas de actuación, atención, prevención y curación, así como las intervenciones más urgentes. En muchos casos no podremos esperar ni al anestesiista. Lo cual no significa que haya que provocar más carnicerías.

El segundo paso es la obtención de una estrategia de actuación encaminada a organizar los diagnósticos, terapias e intervenciones necesarias, eliminando de una vez por todas ese absurdo pique –y no exento de graves consecuencias, que existe entre todos los que desde una u otra disciplina se interesan por el Paisaje, con mayor o menor avidez de protagonismo, fama o dinero. Igual que un radiólogo puede detectar un tumor, pero no lo extirpa; igual que un médico de cabecera puede detectar la necesidad de un especialista; igual que un pediatra se ocupa del vivero de jóvenes y el geriatra de los más maduros; igual que el especialista vuelve a necesitar al analista; igual que los especialistas en salud pública programan las campañas de vacunación pero vacunan otros; e igual que un montón de veces, un montón de médicos se van pasando a un enfermo al que nadie adivina su mal, el Paisaje necesita de muchos y muy diferentes especialistas para su correcto devenir a lo largo de nuestra vida. Porque ya estaba antes de nosotros y deberá estar cuando nosotros ya no estemos. Y aunque corramos el riesgo de que se nos llene de abogados a la busca y captura de alguna negligencia con la que obtener suculentos beneficios, no estaría de más que empezáramos a considerar al Paisaje como ese cuerpo meta-humano que nos acoge a todos y que, igual que nosotros, necesita cuidados, atenciones, curas, vacunas, intervenciones, información, salud y respeto.





EL PAISAJE ORDINARIO (III): SIN LIMITE

Pocos podrán dudar de la importancia que el Paisaje está adquiriendo en nuestra sociedad en estos últimos tiempos. Por todas partes aparecen cursos, seminarios, leyes, artículos y especialistas en algo que no siempre está muy claro si es medio ambiente, cultura, obra pública o ciencia infusa.

El caso es que por fin, después de muchos años de indiferencia hacia la destrucción de nuestro patrimonio paisajístico, ya sea por moda, interés o convención europea, más que por convicción, las legislaciones estatales y autonómicas empiezan a recoger «la protección» del Paisaje (o de lo que consideran Paisaje) con mayor o menor acierto. Sin embargo, esa supuesta protección desde el punto de vista de la calidad o del valor del Paisaje implica, lógicamente, la destrucción -o indefensión al menos, de lo que se considera Paisaje sin valor, es decir, del Paisaje Ordinario, como consecuencia de seguir considerando el Paisaje como variable valorable dentro de un entorno valorable, casi siempre por su calidad ecológica, olvidando habitualmente, que allí donde hubo o hay presencia humana es donde más Paisaje existe. Por otra parte, olvidan casi siempre que para intentar valorar el Paisaje, suponiendo que sea valorable, es siempre más importante la memoria de una sociedad y de sus individuos que las de su flora, su fauna o su biodiversidad, las cuales pueden -y deben, ser valoradas desde puntos de vista completamente diferentes. En otras palabras: el Paisaje es un concepto cultural; no es un hecho natural. Al afirmar que el Paisaje es, exclusiva o primordialmente, la fisiografía o ecomorfología del mundo visible (del mundo natural queda bien poco), olvidamos lo que realmente nos debería importar: la conservación y aprecio por el legado cultural que en él hay escrito, que es en buena medida nuestra historia. Llegados a este punto mejor será concretar lo que se entiende por Paisaje Ordinario, o Banal, aunque este apelativo tiene en nuestra sociedad un sentido más peyorativo de lo que realmente significa.

El Paisaje Ordinario es el Paisaje diario. Nuestro Paisaje diario; el que nos acompaña día tras día de casa al trabajo y del trabajo a casa; el que nos acompaña cada día de asueto desde nuestra casa a nuestro destino festivo; el Paisaje abandonado a su suerte entre lo construido y lo rural; esos lugares, o mas bien no lugares, tan comunes en los intersticios metropolitanos, que acumulan basura, escombros o torres de alta tensión mientras esperan algún uso, si es que es posible que lo tengan, al tiempo que miramos para otro lado -o ni miramos, al pasar por su lado. Y también lo son los espacios de policía administrativa, donde poco o nada se puede hacer, pero donde no llegan las labores de higiene y limpieza que sí acompañan a las infraestructuras.

Pero, y es ahí donde el problema se convierte en gangrena, también es Paisaje Ordinario todo el territorio cuya «calidad» paisajística no está a la altura de las circunstancias -circunstancias definidas rematadamente mal, como ya veremos, y que por culpa de su antropomorfismo es, por definición, malo. Curioso: sin humanos no hay Paisaje; pero



donde está escrita nuestra cultura y nuestro pasado, el Paisaje es casi siempre, por definición, malo. Y como el Paisaje es malo o, lo que aún es peor desde cualquier punto de vista, no existe Paisaje, se puede urbanizar, construir o industrializar sin límite. Y lo de «sin límite» no es gratuito. Una de las legislaciones autonómicas aprobadas recientemente, utiliza ese epígrafe (concretamente utiliza la abreviación S.L.) para designar todo el territorio que queda una vez eliminados los bosques autóctonos (si es que queda alguno) las riberas fluviales, las zonas húmedas, el entorno del castillo y algún que otro pequeño lugar que por casualidad o tradición peregrina pueda haberse librado de ese lamentable e inhumano diseño: «sin límite para cualquier actividad urbanizadora o constructora».

Dejando al margen las connotaciones filosóficas acerca de la existencia o no del propio ser en el límite, es triste comprobar como gracias al Paisaje podemos justificar la inhumanidad de eliminar los límites a nuestras acciones. Hasta el amor se encuentra con la muerte cuando actúa sin límite. Ni los peores dictadores de la historia pudieron actuar sin límite. Y cuando lo intentaron poco duraron. Esperemos que tampoco dure mucho esta destrucción «sin límite» de nuestro Paisaje Ordinario, de ese Paisaje sin caracteres arios que lo convierte por definición en vulnerable y exterminable.

El Paisaje es por definición, un carácter de determinadas sociedades, culturas o pueblos. No es el Paisaje lo que es o no es. Son las culturas las que son o no son paisajistas. Y la nuestra, evidentemente, no lo es. Esa manera de ver y valorar lo que nos rodea se aprende. No es innata. No nacemos así. Como mucho nacemos con cierta inclinación a valorar lo armónico, lo legible, incluso a preferir cierta simetría o geometría. Pero hasta eso sería discutible si fuéramos capaces de olvidar todo lo que vemos y nos enseñan desde pequeños.

El caso es que como pasa casi siempre con lo que tenemos cerca, gratis y fácilmente accesible, el Paisaje es abusado y menospreciado. Escombros de anónima procedencia se amontonan muchas veces junto a las vías de mayor tránsito sin que a nadie parezca molestar, mientras se pregonan discursos de bien cuidada pluma acerca de lo mucho que vamos a invertir en proteger el Paisaje, como quien discursea a los muertos de una pandemia acerca de lo bonito que dejaron el hospital después de la última reforma.

Nada, o casi nada, que objetar respecto de aquellos que han nacido y viven sin saber, o sin querer saber, el valor de lo que desprecian. Pero mucho que objetar a aquellos que queriendo y convencidos de sus logros, institucionalizan ese desprecio. España es sin ninguna duda el país del mundo con más administraciones: eurocontinental, estatal, regional, provincial, comarcal, municipal, pedánea, vecinal, no gubernamental, etc., y todas ellas necesitadas de legislar o normalizar lo que sea para justificar su presencia (y su financiación). Igual que del derecho a opinar no se sigue necesariamente la validez de las opiniones, de la necesidad de legislar no se sigue necesariamente la bondad del

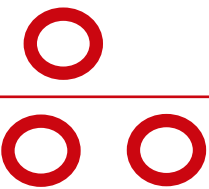


resultado oficial. En nuestro caso, es decir, el Paisaje, estamos, en la mayoría de los casos, legislando rematadamente mal. Tan mal que estamos oficializando el homicidio paisajístico por imprudencia temeraria. ¿O existe intención y premeditación? Porque entonces sería asesinato.

El caso es que el Paisaje vende. Del mismo modo que ahora todo lo que inventan para comer es bueno para eliminar el colesterol malo, todo lo demás es bueno para el medio ambiente, ya sea un coche, una fábrica de dioxinas, un detergente hiperfosfatado, una autopista de ocho carriles o una central nuclear. Y si además, es bueno para el paisaje, mejor. Solo se necesita una buena campaña de publicidad, repitiendo las mentiras suficientemente como para convertirlas en verdades. Y si alguien se resiste se embala en ecopack y resuelto el problema. (Somos el país de Europa con el menor índice de desplazamientos en bicicleta o en transporte público, aunque por el contrario, somos el país de Europa con más pegatinas ecológicas pegadas en los coches). En cualquier caso, esta política pseudoambiental es siempre muy rentable, ya sea en votos para unos, ya sea en dinero para otros. Pero para él, para el Paisaje, es una ruina. Por cada hectárea «protegida» diez son destruidas para siempre. Seguimos sin entender que el Paisaje no se protege, sino que compartimos su presencia en cada sitio y rincón, y cada vez que miramos, y queremos ver, estamos sintiéndolo.

Y donde nos dicen desde la oficialidad que no existe o que es de calidad nula, es donde más importante debe ser la labor de recuperación. Entre otras cosas, porque en esos lugares es donde más probabilidad hay de encontrar gente viviendo.

El fallo está en que la mayoría de las administraciones -por no decir todas, están incluyendo el Paisaje en el mismo despacho que el ordenamiento territorial, entendido desgraciadamente como simple desarrollo urbanizador. Y el buen trato al Paisaje, evidentemente, molesta. Es como encargar la ley antitabaco a las compañías tabaqueras: dirán que no está demostrado que sea tan terrible y, por aquello de cumplir el encargo, prohibirán fumar en la sala de incubadoras de las maternidades y, como mucho, en los quirófanos. Con ello salvan el culo y ¡ale!, a fumar. Pues con el Paisaje pasa lo mismo: se protegen unos miles de hectáreas en montes donde Cristo perdió el gorro, y así, una vez ganado el cielo, se pueden aprobar urbanizaciones de miles de viviendas en valles, costas y montañas que ya nunca volverán a ser lo que eran: aquellos lugares de donde hemos ido saliendo casi todos nosotros desde hace unas pocas generaciones. Arrasando laderas de bancales que costaron una eternidad de sudor y esfuerzo levantar; hipotecando para siempre algunas de las mejores vistas de nuestro territorio, para que desde ellas unos pocos disfruten, por poco tiempo, de vistas tan espectaculares como condenadas a desaparecer bajo la siguiente urbanización, pues como el Paisaje ya es malo, no existe pecado alguno en completar su destrucción. Y así, hasta que no quede nada.



EL PAISAJE ORDINARIO (IV): SU ESTUDIO

¡Lástima grande no sea verdad tanta belleza! ¹

Ut pictura, natura ²

Todo texto, comentario o trabajo sobre paisaje que se precie comienza siempre con referencias a la imponderable tarea de definir el paisaje. Ya sea desde la objetividad científica más estricta hasta la subjetividad estética más profunda, ya sea desde lo más terreno a lo más espiritual, cada autor intentará un camino diferente para definir lo que, al menos para él, va a ser considerado como paisaje, tarea esta harto difícil porque, además de ser muchos los puntos de vista del paisaje –nunca mejor dicho, porque la propia situación, ya sea geográfica o anímica de cada cual, le predispone para emprender de manera diferente su andadura. No es lo mismo vivir o trabajar en un barrio-ciudad dormitorio de cualquiera de nuestras consideradas como grandes ciudades, que en alguna pequeña población envuelta y rodeada de lo que podríamos considerar un entorno de cierta calidad de paisaje. No es lo mismo estudiar en Versalles que en Valencia. Ni trabajar en Alaska que en Tumbuctú. No tendremos la misma sensación de urgencia, ni la misma sensación de ahogo, ni las mismas energías contestatarias, ni siquiera las mismas prioridades acerca de lo que entendemos como paisaje; lo que para algunos será prioritario (gestión, conservación, sostenibilidad, etc.) o incluso algo tan habitual que ni se plantean que es necesario preocuparse por ello, para otros será casi una ilusión, porque antes habría que recomponer las más elementales estructuras de algo que en su día pudo ser sencillamente paisaje. No se plantea las mismas prioridades acerca de la malaria quien vive ajeno a la muerte diaria de cientos de personas afectadas por la enfermedad, que quien lo sufre a diario. Como mucho hará algún donativo el día mundial correspondiente y luego se olvidará del tema, entre otras cosas porque es más que probable que tenga otras prioridades. Solamente algunos voluntarios con la conciencia necesaria lucharán no solo por buscar un remedio, sino que también lo harán para convencer a quienes pueden y deben colaborar en la lucha por resolver el problema. Y eso es lo que nos pasa con el paisaje: por mucho que intentemos verlo desde una perspectiva lejana, científica y objetiva, nuestra propia identidad individual –con todo lo que eso conlleva y significa cultural, educativa, geográfica y genéticamente, nos impide encontrar una vía común para definir el paisaje en su misma, única y auténtica mismidad. Entre otras cosas, porque como todo invento humano que se ve pero que no se toca, como todo aquello inventado para ser sentido en lo más profundo de cada cual, en lugar de perder el tiempo intentando descifrarlo y definirlo, es infinitamente más provechoso disfrutar de la belleza de no saber muy bien qué es lo que te hace disfrutar tanto como para que algunos tuvieran que inventarse aquello de lo sublime, porque, sencillamente, no bastaba solo con aquello de lo bello.

Por todo lo dicho anteriormente, y aunque me imagino que la frase con la que comenzaban estas líneas podría causar grave dolor en la mente de quienes sepan latín (pido disculpas, entre otras cosas, porque no tengo ni idea de si está bien escrita o si, ni siquiera, tiene sentido) creo que es muy apropiada para empezar a tratar de lo que a continuación acontece, porque expresa, aún a pesar de su posible incorrección lingüística, una visión del paisaje, quizá la de su origen, y que estamos olvidando casi siempre al estudiarlo: Como la pintura, la naturaleza.

El caso es que en los últimos años se están incorporando estudios específicos de paisaje a los informes y documentos ambientales que acompañan a los procesos urbanísticos y constructivos —incluso para algunas administraciones existe ya el imperativo legal de incorporarlos, y, lógicamente, hay que redactarlos. El éxito de tales empresas podríamos apoyarlo, inicialmente, en dos puntos básicos: el primero es la acertada elección de la metodología más adecuada para conseguir el mejor de los resultados posibles y, el segundo, el conocimiento de la finalidad del estudio, para que los redactores del estudio de paisaje puedan saber si el propósito del mismo es su incorporación a un catálogo de paisajes, o si éste debe servir de argumento para aprobar, modificar o suspender algún



Han pasado varios siglos desde que se inventó el paisaje y el proceso de aprendizaje y percepción sigue siendo el mismo, aunque muchos sigan sin querer ver lo que hay que ver al mirar.

proyecto de planeamiento, urbanización, construcción, explotación minera, regeneración dunar, o de vaya usted a saber qué nueva y ocurrente inversión. Y sin olvidar, de paso, que quienes vayan a tomar las decisiones pertinentes, necesitan disponer de las herramientas y de las conclusiones correctas para que el resultado de aquellas sean las más acertadas y exitosas posible (suponemos siempre que para el paisaje)

Cabe la posibilidad de pensar en determinados estudios de paisaje que se limiten a la catalogación, a modo de atlas, por ejemplo, y que, por tanto, sean independientes de cualquier otra finalidad que su taxonomización. De todas formas, las diferencias en los resultados no radicarán principalmente en la escala del territorio abarcado, sino en la metodología utilizada, que muchas veces no tiene en consideración algunos de los aspectos más importantes del paisaje, aunque también veremos que no siempre todo pueden tratarse a escalas tan grandes. El caso es que los paisajes y sus unidades se definen casi siempre a partir de lo observable y de lo cartografiable, tratado todo ello con mayor o menor acierto por medio de las herramientas disponibles en los Sistemas de Información Geográfica. El resultado habitual es la diferenciación o clasificación del territorio en conjuntos de unidades definidas por una colección más o menos amplia de variables geoambientales, donde la importancia de la topografía, de la vegetación, de las cuencas visuales y algunos otros aspectos objetivamente observables, ahogan las más profundas representaciones del paisaje. Incluso es bastante habitual leer comentarios acerca de la necesidad de eliminar los componentes estéticos del paisaje, en pro de un tratamiento más “científico” del asunto. En el fondo, no estamos más que definiendo el objeto por medio de geoecoformas más o menos precisas, olvidando que no es del objeto, sino de su representación, de lo que deberíamos estar tratando. Ese, y no otro, es el fundamento –y la desgracia, del paisaje: ser objeto y representación al mismo tiempo. Si nos circunscribimos exclusivamente al objeto, el resultado del estudio será, cuanto menos, perverso. Y, por ende, fatal para el objeto cuya representación se supone que queremos cuidar, porque, como dice el verso citado junto al encabezamiento, lo que vemos como objeto no es verdad como paisaje. El paisaje no es lo que vemos, sino lo que oímos y leemos cuando miramos con la intención de ver. Parece evidente que es imposible cartografiar así el paisaje o definir así las unidades de ese paisaje leído, oído o mirado; pero vamos a intentar una posible vía de aproximación.

Antes de empezar debemos tener en cuenta un importante condicionante que solemos olvidar muchas veces al aplicar las metodologías más ambientalistas y que aunque parece bastante obvio, distorsiona el resultado y, lógicamente, la capacidad posterior de tomar decisiones: estamos en Europa, y tanto nuestro territorio como la manera en que ha sido ocupado y tratado, difiere en gran medida de la manera en que lo ha sido en Norteamérica, lugar de procedencia de gran parte de la teoría de la ecología del paisaje que estamos utilizando para nuestros estudios.

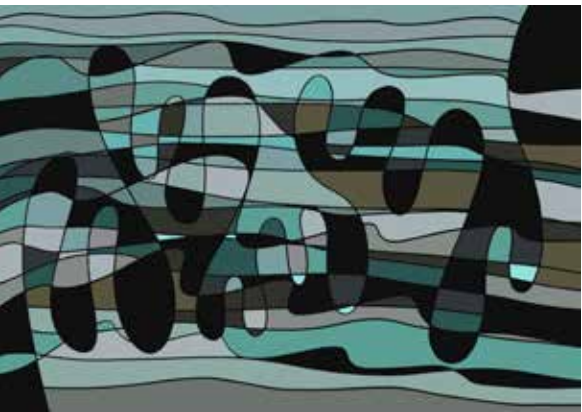
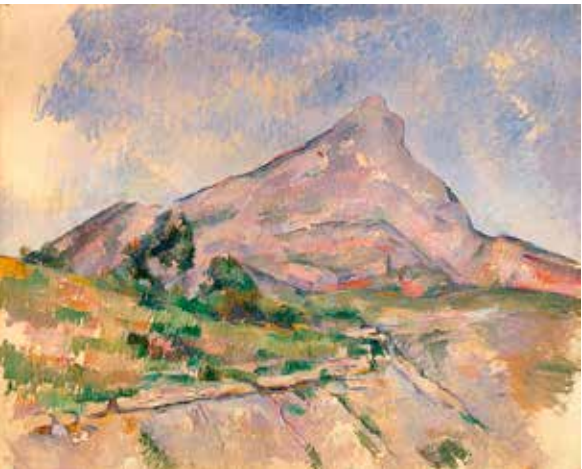
Existe un magnífico trabajo que analiza esta importante diferencia (no recuerdo el autor ahora) y cuyas conclusiones deberían estar en la mente de cualquier analista europeo del paisaje. Desde el hecho de la inmensidad del territorio prácticamente natural que todavía existe allí, comparado con la imposibilidad de encontrar en Europa un centímetro cuadrado que no haya sido explotado por humanos desde hace siglos, hasta las escalas de cualquier variable a considerar, pasando por la casi enciclopédica cantidad de elementos, cosas y hechos que podemos encontrar escritas en nuestros territorios, es más que evidente que ni el punto de vista ni el análisis del paisaje puede transferirse sin más de un lado al otro del atlántico. Y habría que añadir a esa dificultad estrictamente geoeográ-

fica, toda la literatura del estudio e investigación europea acerca del paisaje en sí, sin olvidar toda la poesía, pintura y literatura que sobre el paisaje de verdad hemos construido en Europa.

A pesar de todo esto, nuestros analistas del paisaje siguen acompañando sus estudios de referencias clásicas norteamericanas (Forman, Steinitz, McHarg, Bailey, etc.) sin casi comentario alguno hacia los estudios europeos más enfocados hacia los orígenes culturales del paisaje (Roger, Corbin, Ritter, Ferriolo, Dagognet, Swanwick, Berque, Donadieu, Jellicoe, y tantos otros para los que el paisaje es mucho más que rocas, ríos, plantas, vacas y el viento) La habilidad que tengamos para filtrar, mezclar, rescatar y usar toda esa inmensa información teórica y práctica desarrollada en ambos lados del océano será la base del éxito o del fracaso de nuestros análisis y estudios del paisaje.

El paisaje, según este punto de vista, es una especie de cruce de caminos entre los que están la naturaleza, la pintura y la capacidad de pintar con lo que sentimos al observar, no viendo mucho de lo que otros sí ven mientras otros no ven lo que nosotros sí vemos. Es como un traductor simultáneo que nos devuelve una versión particular a cada uno, aunque aparentemente el texto a traducir es el mismo para todos. Ese texto son las geoecoformas. El paisaje es lo que ese filtro histórico y cultural nos traduce, sin que ni siquiera seamos conscientes muchas veces de la incapacidad de controlar la traducción. Son siglos de cultura y años de diferente educación y diferentes vivencias, como para pensar en la mínima posibilidad de encontrar dos versiones iguales del texto original, hasta el punto de que “se nos hace difícil no considerar muchos paisajes bien como entornos nuestros, reales o inminentes, o bien como vías de reconocimiento de nuestra situación en el mundo”³. La capacidad para agrupar esas representaciones y obtener criterios de actuación sobre el paisaje a partir de ellas, y de lo que en cada caso se debería o no hacer, debe ser nuestro objetivo.

Como siempre, la finalidad de esta visión del paisaje es evitar las diferencias cuantitativas de las unidades descritas. Si predominan valores de “calidad ambiental” en lugar de valores de “calidad cultural”, seguiremos rodeados de paisajes lamentables, mientras se nos ofrece como moneda de cambio el respeto de otros que nos quedan muy lejanos. Por poner un ejemplo de las diferentes consecuencias que puede tener la manera de definir las unidades de paisaje (no olvidemos que de lo que digamos y cómo lo digamos, otros que no tienen por qué ser especialistas en nada son los que van a tomar las decisiones) no es lo mismo definir una unidad como “espacios llanos periurbanos con cultivos de regadío” que “huerta milenaria amenazada por la especulación urbana”. La primera, estrictamente definida desde una perspectiva geoeográfica, parece no merecer grandes esfuerzos de conservación y será rápidamente engullida por la ciudad expansiva sin grandes desconsuelos, mientras que la segunda, definida desde una perspectiva cultural e histórica, por poco que pensemos en lo que significa y en lo que ha significado durante siglos, nos merecerá un poco más de respeto. El caso es que ultimamente oímos por todas partes la sentencia del Convenio Europeo de que “todo territorio es paisaje”. Y es evidente que los espacios que conservan una alta calidad ambiental, se entienda como se entienda lo de la calidad ambiental, deben ser conservados, protegidos y cuidados. Así de paso dispondremos de la posibilidad de encontrar paisajes de esos que se inventaron los habitantes de la ciudad para, al compararlos con los paisajes de los cuadros que veían en los museos, en las escenas del beso final de las películas, en los libros del colegio o en los cromos de las chocolatinas, satisfacer esa profunda satisfacción de encontrar bella y bonita la naturaleza. Al fin y al cabo para eso se inventó el paisaje: para ver la naturaleza ejercitando el juicio estético. O, dicho



¡Observa, mi querido Sancho, de cuántas diferentes maneras son capaces los mortales de ver la misma cosa!

D. Quixote apócrifo

Sueño no es lo que al poeta ocupa, Mas la verdad oculta, como el fuego que subyace en la tierra.

Luis Cernuda



de otro modo, para apreciarla en lugar de odiarla. (No siempre existió el aire acondicionado, los caminos asfaltados, las vacunas, el teleférico, la electricidad, el avión, etc.)

Por eso es tan importante apoyarse en la historia escrita sobre el territorio. Además, podemos obtener una valiosa información que nos ayude a comprender hasta cuándo fuimos amigos del entorno, y cuándo empezamos a fagocitarlo. No puede tratarse igual la vieja agricultura sostenible y la nueva agricultura esquiladora de recursos, capaz de dejar seco al más pretencioso de nuestros acuíferos. Ni dejar que siga perdiéndose por más tiempo toda la arquitectura agrícola de bancales imposibles de piedra seca, porque sus agricultores debieron abandonarlos hace ya tiempo por su nula rentabilidad. Esos son los más importantes recursos de nuestro paisaje, porque son, sencillamente, nuestra historia. Y son los elementos que deberían guiar los documentos que redactamos para que otros tomen las decisiones sobre lo que debe o no debe ser destruido en pos de la modernidad, el progreso y el incremento del producto interior bruto; porque, no olvidemos que todo ello puede seguir creciendo sin dejar de respetar nuestro pasado. Y debe respetarse porque no hacerlo sería de mal nacidos.

Sin embargo, cuanto más científico es el estudio del paisaje, más fácil es detectar comentarios como que el grado de contaminación de un paisaje es equivalente al grado de antropofornización del mismo. Que es como decir que cuanto más marco y menos tela, mejor es un cuadro (ya se que un moderno colgó un marco sin tela en la pared de un museo, pero no van por ahí los tiros) Evidentemente, el ser humano es capaz de destrozar, sobre todo desde un tiempo a esta parte, cualquier territorio que se le ponga al alcance; basta observar la fotografía aérea adjunta del entorno del río Millars, poco antes de su desembocadura: algunas de las casas, la mayoría ilegales, están literalmente sobre el cauce del río. Imagino que si algún día se caen al vacío, sus dueños, si tienen la suerte de salvarse, pedirán indemnizaciones al gobierno. Pero eso no quiere decir que por definición la presencia humana en el paisaje le haga desmerecer. Es más, ha sido su presencia durante miles de años la que ha conformado lo que ahora nosotros llamamos paisaje. Pero no porque veamos sin más lo que hicieron, ya sea considerado ahora bueno o malo, sino porque delata su presencia. Porque eran ellos y la naturaleza, de igual a igual, en un diálogo que es fundamental recordar ahora. Entre otras cosas, para que nos obligue a refelexionar al comparar las acciones de entonces y las de ahora. (No pienso en el buen salvaje, que siempre hay que aclarar las cosas. Ya se que no todo lo que hicieron era bueno y no todo lo que hacemos ahora es malo, pero es cuanto menos espeluznante esa abundante y petulante aversión hacia todo lo que signifique orden y geometría en la naturaleza, alcanzando a los mismos jardines o a esas agriculturas que casi son como jardines ancestrales. Renunciar a todo eso no convierte a nadie en más defensor de la naturaleza.

Resumiendo: necesitamos conocer el medio en el que vamos a desarrollar nuestras actividades, para lo que la mejor herramienta es realizar el estudio del paisaje geográfico al uso, y, paralelamente, realizar el estudio del paisaje humano, es decir, de lo que nos cuenta lo que vemos acerca de lo que fuimos y podemos ser. Esta última información la podemos almacenar para posteriores procesos educativos. La información recogida con ambos estudios deberemos gestionarla como si se tratara de un sistema global formado por los dos paisajes, es decir, el geoecográfico y el humano. De momento tenemos bastante clara la manera de definir esos paisajes geográficos, incluso a diferentes escalas; desde el tratamiento dado en trabajos como el Atlas de los Paisajes de España, hasta el estudio de áreas de apenas unas pocas hectáreas de superficie, donde debemos



No es lo mismo definir una unidad como “espacios llanos periurbanos con cultivos de regadío” que “huerta milenaria amenazada por la especulación urbana”.



***¡Qué mágico embeleso ver,
tras el cuadro de hierros de
la verja, el paisje y el cielo
mismos que fuera de ella se
veían!***

J.R. Jiménez



Notas:

1. Verso final de un poema de D. Bartolomé Leonardo de Argensola, del siglo XVI, citado por Gabriela Raposo Quintana en su trabajo “El Paisaje y su Imagen”, para la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje de la Universidad Central de Chile.
2. “Ut pictura, poesis”. Vieja cita de Horacio más usada que las magdalenas de Proust. Convenientemente transformada y junto con los encantos de Libanio, nos permite remontarnos dos mil años en busca del placer emanado de la naturaleza.
3. Cita extraída de un espléndido trabajo de D. Claudio Guillén, titulado “Paisaje y Literatura, o los fantasmas de la otredad”
4. Recuerden algunas reacciones a la presencia y conferencia de Alain Roger en Barcelona

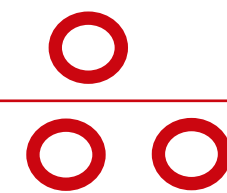
Fotos de Josep Tamarit (F2, F3, F4, F5, F7 y F8), Nacho Díez (F6), Bruno Almela (F9) y Nora Fabra & Cristina Tarrazón (F1)

facilitar herramientas de decisión para que la ejecución de una actuación urbanizadora, industrial o estructural, se defina de una u otra manera (en principio deberíamos disponer también de la opción de la no ejecución) Todos sabemos que al final siempre van a tomarse las decisiones sobre la valoración que se asigne a esas unidades de paisaje geográfico, cuyos valores casi siempre, por no decir siempre, estarán sometidos a criterios de naturalidad, calidad ambiental, etc. Evidentemente es la manera más fácil de que, aún con diferente formación, lleguemos a resultados similares, lo que está muy bien si queremos avanzar en alguna dirección. Y no nos vamos a encontrar casi nunca con la sorpresa de que el lugar elegido para ejecutar la obra sea el hogar de algún lince o buitre negro. Hasta ahí es bastante sencillo, suponiendo la mesura de las decisiones, disponer de la variable paisaje para optar por diferentes caminos de progreso.

Pero lo habitual será la necesidad de disponer de información para decidir sobre la idoneidad o la manera de desarrollar alguna acción en lugares donde no vamos a encontrarnos esas maravillas de la naturaleza (la construcción de una nueva estación de esquí o un túnel bajo los pirineos son obras poco habituales); es más, lo habitual será trabajar en espacios con diferente grado de degradación del entorno, desde aquellos lugares de industrialización caótica, donde las líneas eléctricas amenazan con sus inmensas torres como si de un ejército de orcos se tratara, hasta suelos agrícolas algo más alejados del bullicio, y que la ejecución de alguna nueva infraestructura de comunicación los ha puesto en el punto de mira de los agentes urbanizadores. Y las conclusiones serán muy sencillas en los límites de los valores, y un poco más discutibles en los estadios intermedios. Es decir, donde encontremos valores muy altos y muy bajos de paisaje geoecográfico. En los primeros pondremos todas las trabas posibles a la ejecución de programas de urbanización o infraestructuras (con muy complejas medidas correctoras e integradoras si la ejecución es inevitable) mientras que para los valores bajos daremos el visto bueno sin inconvenientes. (Ese tan típico: matorral degradado sin interés paisajístico o ese otro de: suelos agrícolas de escasa biodiversidad, de tan tristes consecuencias para nuestro paisaje y que alcanzó su máximo histórico con el no menos lamentable epígrafe de: Sin Límite para cualquier proceso urbanizados o industrial, que aparece sin rubor en los mapas de algunos estudios) A partir de ahí la suerte está echada para el paisaje del territorio estudiado, salvo que sus valores justifiquen su conservación.

De hecho, muchos de los estudios que encargan las diferentes administraciones tienen como objetivo disponer de mapas donde, a cambio de declarar protegido un porcentaje mayor o menor del territorio administrado (a ser posible donde ya saben que nadie quiere levantar una nueva ciudad de cinco mil viviendas) poder facilitar la completa destrucción de lo más deteriorado.

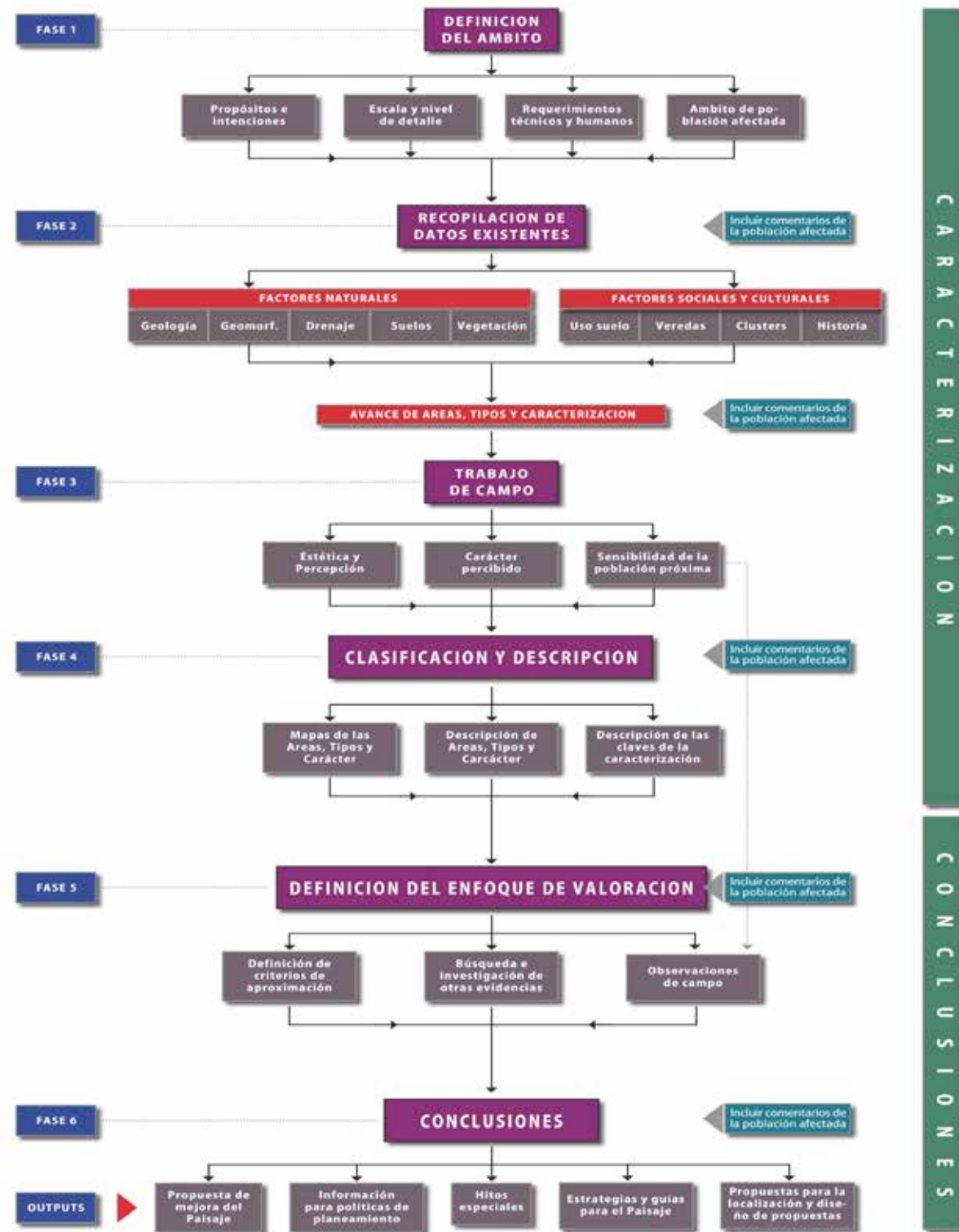




PROCESO DE UN ESTUDIO DE PAISAJE

Los estudios de Paisaje siguen excesivamente escorados hacia preferencias de calidad ambiental, olvidando en muchos de ellos la necesidad de un enfoque donde la herencia cultural e histórica escritas en el territorio tengan un peso mucho más importante que el que se le suele asignar. La consecuencia primera y más importante de este desequilibrio es el descuido de los paisajes más inmediatos por la fuerte presencia antrópica, que suele identificarse habitualmente, como indicador de paisajes de escaso valor y, por tanto, no necesitados ni de atención ni de protección. Incluso muchos de los términos empleados en estos estudios, como protección, valor, catalogación, etc., van en contra de la filosofía del Convenio Europeo de Paisaje, en el que se insiste sobre la necesidad de considerar todo el territorio como paisaje. El origen de este desencuentro podemos encontrarlo, básicamente, en dos cuestiones: la primera es el origen casi exclusivamente ecológico del interés por el paisaje en España, acompañado poco después por el interés de algunas escuelas de geografía (todavía no muy generalizado) y, la segunda, posiblemente consecuencia de la primera, el desmesurado interés por la bibliografía norteamericana sobre ecología del paisaje, frente al olvido (incluso desprecio) por los estudios de las escuelas europeas, que suelen hacer mucha más insistencia acerca de la percepción, de la constante presencia de la población afectada y de su sensibilidad hacia lo que le rodea, del filtro constante de la subjetividad, etc., términos que suelen brillar por su ausencia en los textos americanos. Quizá porque, como dice Ignacio Español, una cosa es la ecología del paisaje y otra, la americana, la ecología del territorio.

METODOLOGIA PARA LA CARACTERIZACION DEL PAISAJE



LAS UNIDADES DE PAISAJE ECOGEOGRAFICAS Y CULTURALES

Analizando las U.P. según la aplicación de las dos metodologías, comprenderemos mejor las diferencias entre las Unidades resultantes.

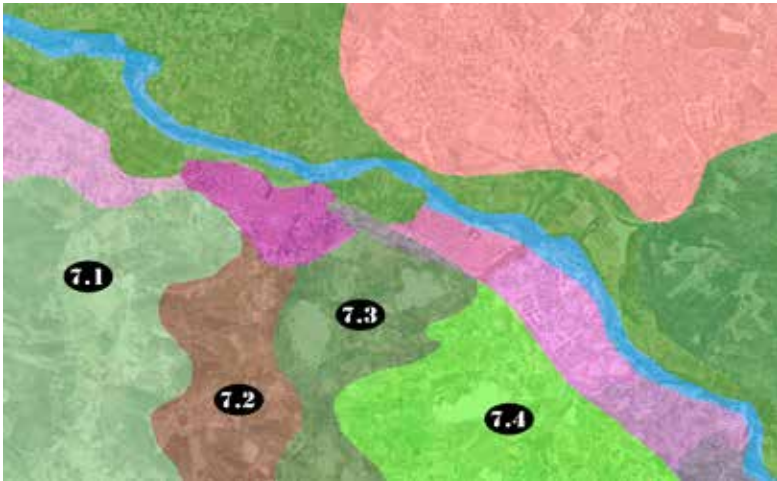
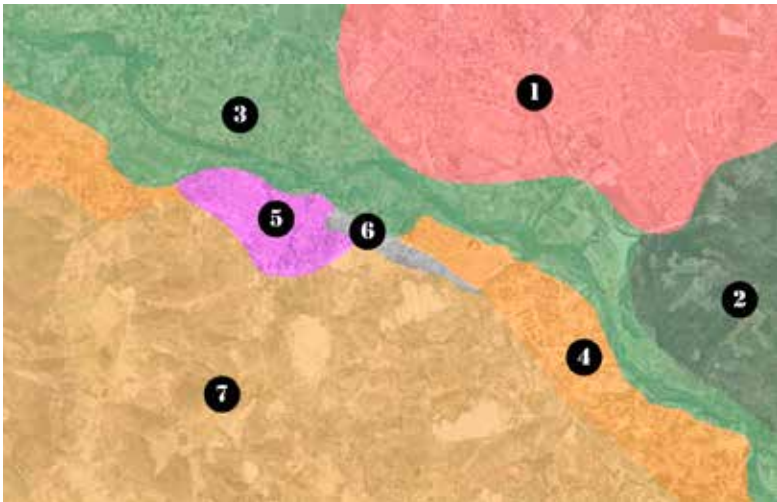
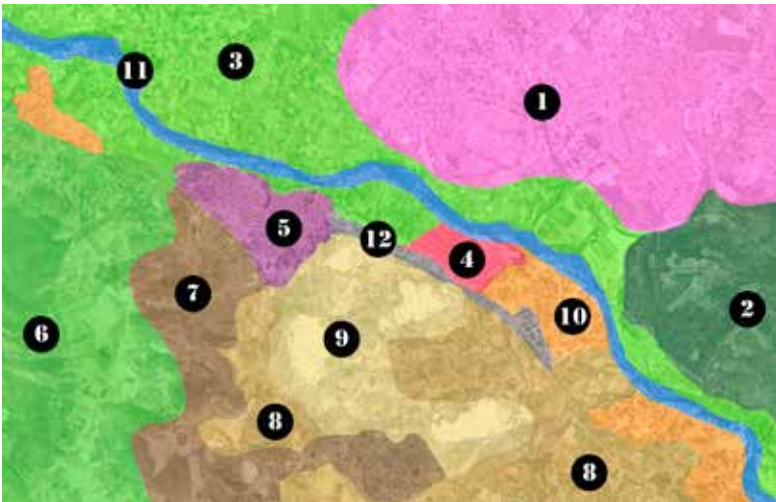


Supongamos la realización del Estudio del Paisaje en el lugar de la fotografía adjunta. Y supongamos que la utilidad posterior del mismo será conocer el estado actual del paisaje en el correspondiente municipio, con el fin de disponer de una herramienta útil a la hora de tomar decisiones sobre el futuro del territorio municipal. Por ejemplo, saber los lugares que deberían conservarse (no planteando de momento el por qué de su conservación); los espacios donde sería posible urbanizar, y los modos de proponer esos desarrollos; la posibilidad de crear o ampliar el suelo industrial, mas allá de las proximidades a las infraestructuras; qué hacer con el suelo agrícola en proceso de abandono; como gestionar el suelo forestal, etc. Para empezar, la casi exclusiva potestad municipal para decidir sobre el territorio castra la posibilidad de ampliar el estudio a la inexorable necesidad de conocer lo que tienen, lo que hacen y lo que piensan hacer los municipios vecinos. Y eso, donde la extensión de los T.M. es relativamente pequeña, es ya un lastre que en muchos casos conduce al inevitable fracaso de los modelos y recomendaciones resultantes, pues todos quieren, y necesitan para subsistir, más suelo para desarrollar (El modelo actual de financiación municipal es el mayor enemigo de nuestro paisaje.) Dicho esto empecemos el estudio: primero realizamos el estudio según los procesos habituales, que algunas administraciones incluso tienen reglamentado y, por tanto, es de obligado cumplimiento (como la obligación de realizar el estudio de impacto ambiental del planeamiento no pormenorizado por medio de matrices, que es imposible.) Realizamos la superposición y discretización de los diferentes mapas: geomorfología, pendientes, orientaciones, vegetación, hidrología, comunicaciones, campos visuales, usos del suelo, grados de protección, etc., que nos devuelve un mapa de unidades y subunidades que consideraremos geoeográficas, y que compararemos con las unidades histórico-culturales, es decir, aquellas que están definidas por lo que ha pasado, está pasando, lleva camino de pasar o no dejan que pase en los diferentes lugares del lugar, desde un punto de vista del paisaje como representación social de las apreciaciones sobre el objeto territorio.

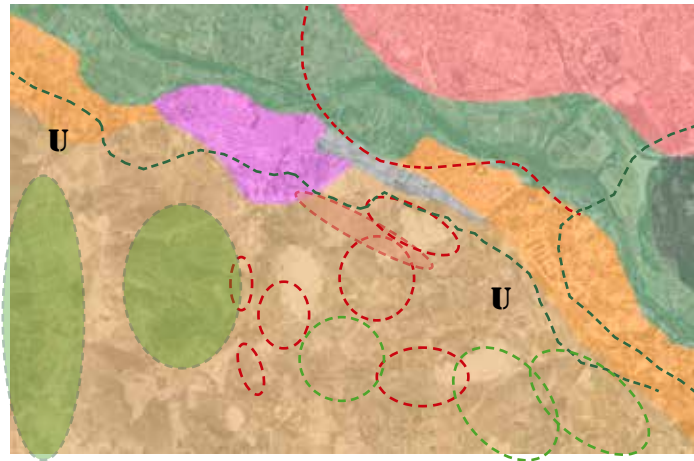


COMPARACION ENTRE LAS UNIDADES DE PAISAJE SEGUN EL ENFOQUE DEL ESTUDIO

Unidades y subunidades geocográficas Unidades y subunidades culturales



Parece evidente que existan relaciones, pues ha sido la orografía, la presencia del río, etc., lo que ha ido dirigiendo las intervenciones de los pobladores en sus lugares; pero en las SubUnidades es donde aparecen diferencias al marcar las presencias del hombre en el territorio por su grado de eficiencia, serenidad y adaptabilidad energética para con el entorno inmediato. Así, por ejemplo, en nuestra U.P. #7 podríamos definir las siguientes subunidades: Valle con fondo forestal maduro dedicado a la citricultura (7.1), Suaves colinas próximas al caso urbano con presencia de viviendas ilegales, escombros y escasos lugares libres de incendios forestales (7.2), Fondos de valle dedicados a la extracción de piedra (7.3) y Valle entre muy suaves colinas dedicados a la agricultura tradicional de frutales de secano (7.4) , mientras que las de la izquierda seguirían denominándose bajo epígrafes del tipo: huertas sobre terrazas aluviales, cítricos en fondo de valle, forestal arbolado, forestal matorral colinado, cantera, cultivos de secano en zona llana, etc.





Conclusiones:

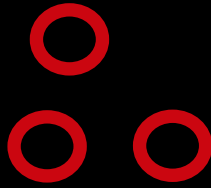
El Estudio de Paisaje debería tener, al menos, los siguientes elementos: descripción del paisaje del lugar y de su estado actual (análisis); descripción de las bondades y de las perturbaciones (diagnóstico); descripción de las medidas a tomar para mantener lo sano y recuperar lo enfermo (tratamiento) y, por último, descripción tan detallada como sea posible de las medidas a tener en cuenta en los desarrollos (plan de futuro, es decir, ese sitio donde, como decía el poeta, vamos a pasar el resto de nuestras vidas). No estaría de más redactar un documento que recogiera las potenciales capacidades de desarrollo urbano, industrial, agrícola, forestal y comercial, por si las autoridades competentes están por la labor de seguirlo, a pesar de las presiones que puedan recibir de los inversores. Y, lo más importante para el futuro del paisaje, un estudio económico de las inversiones, tanto preventivas como curativas, así como de las previsiones a medio plazo de las consecuencias positivas y negativas de la aplicación del Plan de Paisaje sobre la economía del municipio o mancomunidad estudiada. O lo que es lo mismo, elevar al paisaje a la categoría máxima de importancia a la hora de tomar cualquier tipo de decisión que pueda afectar al territorio y al paisaje mismo, tanto geoecográfico como cultural. Y por si esto no fuera suficiente, intentar extender los planes de desarrollo a todo el territorio de cualquier municipio, algo fundamental para el futuro de la calidad del paisaje que nos rodea. No olvidemos que la mayoría de las leyes urbanísticas actuales se centran en la definición de nuevos suelos pormenorizados o no para nuevas actuaciones urbanas o industriales, dejando el resto del suelo con escasa o muy escasa definición. Salvo algún paraje de excepcional calidad ambiental o paisajística (considerando siempre la naturalidad como indicador), el resto del suelo suele quedar como más o menos agrícola o forestal, a la espera del siguiente plan urbano que, salvo que intervengan equipos algo sensibilizados por el paisaje, se basará en la creación de una nueva ronda, más o menos ancha, y el fraccionamiento del suelo intersticial en porciones tipo quesitos destinados a edificar con alturas suficientes como para pagar la nueva ronda. La mancha de aceite sin fin que caracteriza el crecimiento de la casi totalidad de nuestros municipios. Incluso aquellos de menor tamaño y que conservaban cierto carácter es su casco urbano, son ahora engullidos por nuevos barrios de alturas que triplican o más las alturas actuales, convirtiendo los cascos consolidados en islas asfixiadas por los nuevos crecimientos, y los cada vez más numerosos coches, inevitables para facilitar la movilidad donde el transporte público es considerado “el medio de transporte de las ancianas, tullidos y sinpapeles”. Ni anillos verdes, ni espacio para respirar. Un futuro bastante Gris para la mayoría de los ciudadanos que, incomprensiblemente, continúan sin exigir un entorno digno y saludables para ellos, para sus familias y para sus vecinos (cada día se incrementa el número de niños que viven pendientes de su aerosol antiasmático, mientras acusamos a los ácaros y a las plantas de ser los causantes del mal) En fin, un anhelo que quedará tanto más lejano como cuanto más peso tenga en las valoraciones del paisaje su calidad ecogeográfica, pues siempre quedará relegada cualquier acción o propuesta destinada al paisaje inmediato de los ciudadanos, ese paisaje ordinario que no se merece casi ninguna atención oficial, salvo que sea necesario engalanar algún acceso urbano para recibir con los máximos honores alguna personalidad importante.





ALGUNOS CASOS PRACTICOS





Rafael NarbonaLost? Me publis etri iptiam
ocremodio tem iactus vastiae intilic ma, unte,
noctum num is caperio intemnem Romnicier-
ce culem faci pliciem, con diem. Piocupioc
face auderes estraes termis hacchilin tius tam,
deo etis, nox nosterid Cupions conte veritim
morunte nos veribus, C. Scit; none fue du-
con des il utem dum ius redo, pondius, tem
re opublibem, que ta diis fuerfenti, terum mo-
neri, cem pultortici con dendum publiaelu-
det ommolum ex moveripimus cerfes inem,
ses obus acturehebata idenatuus, nonsula-
rem, us, cessul horei capernum publis C. Ad
confic videtiam proraedeti, nos, vermilmem
qui in tanum sedenatur ublinatus iussiliqua
caudem intra inam eterdiessim losulica tum
omne conscio, cla mum tiam molume hos,
que te, neremus ignatemulto ex sus st dem
ortabef aciissin demquam ac rem dena, crei
faceredica sedelut ad crei prae hoccierit, fur-
nit. Si estem ninations abuser rioreme nte-
rrio ta, consulica; et? Nos estimus audemul
consultod condii id fatum Paliciptemus ignon
dicae egerei pored moresse ssescere tesum
ses opotilibuni in te quemorudam fuemus, cit.
Vivir alego C. Ca; et fur pl. Liam inatilium
te estes, nitra, condiis; num hos pervivi sulvis
culhilius pul vit, sit; estarei pariordi popublis.
ceps, intere num intilis viticierum eoredicae,
fue nocte in dius cies obse